



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

La muerte del coloso

Un submarino nuclear ruso ha desaparecido cerca de la costa francesa. Brigitte, que está pasando unos días de descanso en Villa Tartaruga, se encamina inmediatamente a París para ayudar a localizarlo.



Lou Carrigan

La muerte del coloso

Brigitte en acción - 281

Archivo Secreto - 259

ePub r1.0

Titivillus 19-06-2019

Lou Carrigan, 1979
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1






ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Por supuesto, era imposible no identificar a la señorita Montfort en aquella joven que vestía unos pantalones tejanos, un jersey rojo de cuello alto, y unas zapatillas deportivas. Era imposible por la sencilla razón de que su belleza no podía ser confundida con cualquier otra. Todo lo más, habría chocado verla con ese atuendo a ella, siempre tan sobria y elegante.

Pero sí. Era ella: sus grandiosos ojos azules, su rostro delicado y armonioso, su boquita sonrosada, sus largos cabellos negros, ahora recogidos graciosamente en la nuca.

A quien menos podía sorprender, por otro lado, era a las palomas. Para los animales, estas cosas de atuendos no cuentan. Su sentido de la identificación está basado, ciertamente, en valores mucho más positivos que un elegante vestido, un perfume de París, o un perfecto maquillaje. Para las palomas mensajeras de aquella jaula, la persona que estaba allí dentro, cuidando de su limpieza y su comida, era su amiga, simplemente, y no habría nada en el mundo que pudiese confundirlas o simplemente desconcertarlas.

Por eso, mientras Brigitte Montfort, periodista de fama internacional y espía aún más famosa, aunque secretísima bajo su apodo de Baby, se dedicaba a su cuidado, ellas no tenían inconveniente en posarse en sus hombros, en sus brazos, e incluso en su cabeza, emitiendo un zureo monótono pero que podía convertirse en música para un espíritu apacible.

—Sois unos animalitos muy pesados —decía la amiga de las palomas—, pero supongo que vuestra intención es buena, así que no puedo enfadarme. De todos modos, deberíais tener más respeto a quien os da de comer y os limpia el palacio… ¡Santo cielo!, espero que ninguna de vosotras vaya a poner un huevo en mi cabeza. Frankie se moriría de risa cuando se lo contase… Me parece que ahí llega vuestro predilecto amo y señor…

Pese al zureo de las palomas, el finísimo oído de la espía más peligrosa del mundo había captado el suave zumbido del motor del coche. No de «un» coche, sino «del» coche de él. Tan fino era su oído, tan adiestrado, que podía identificarlo, sin lugar a la menor duda. Estuvo escuchando atentamente, con la cabeza ladeada, hasta que dejó de oírlo.

—Ya ha parado el motor… ¡Qué extraño, no ha llevado el coche al garaje! Eso me sorprende en él, porque es muy cuidadoso y metódico. Como yo. Los espías tenemos que serlo porque, de ese modo, siempre notamos muy bien cualquier cosa que no encaje…, y eso nos pone sobre aviso. Pero… ¿qué os cuento a vosotras, que sabéis muy bien que vuestro amo es el mejor espía del mundo? Muchas veces algunas de vosotras habéis llegado con mensajes que lo ponen en acción… Sois amigas de Número Uno, ¿os dais cuenta? Eso, por si no lo sabéis, es un privilegio, os lo aseguro…

Terminó su labor y se quedó quieta, mirando a alguna de las palomas que, a su vez, la contemplaban con sus redondos ojos, ladeados sus bellos cuellos emplumados, atentas, escuchando aquella voz amiga.

Tras ella, Brigitte oía ya las pisadas de Número Uno acercándose, pero no se volvió. Simuló no darse cuenta.

—Sí, sois privilegiadas por ser amigas de Número Uno —dijo, sonriendo—. Pero, entonces… ¿qué decir de mí, que me ama? ¡Yo sí que soy privilegiada, por tener su amor! Porque a fin de cuentas, es fácil amar a un animal, que cuando entrega su afecto ya nadie puede destruirlo. En cambio las personas somos… volubles, inconstantes, y, sobre todo, malas. ¿Os sorprende esto? Pues ya es hora de que lo sepáis, queridas amigas: las personas somos malas, o, al menos, mucho peores que los animales… ¿O debería decir que somos más tontas? Sea como sea, él me ama, y eso es un privilegio, os lo aseguro. Privilegio al que correspondo adecuadamente. ¿Sabéis que vuestro amo es serio como una piedra, y hasta antipático en ocasiones? Oh, sí, es un hombre áspero, os lo digo seriamente. Pero… ¡Dios mío, cuánto, cuánto, cuánto le amo…!

—Muchas gracias —sonó la voz de Angelo Tomasini, Número Uno, detrás de Brigitte.

—¡Oh! —exclamó ésta, volviéndose, con los ojos muy abiertos, «sobresaltadísima»—. ¡Qué susto me has dado! No te había oído

llegar.

Las grandes, hermosas, fortísimas manos de Número Uno apretaron la flexible, delgada, tierna cintura de la espía y la atrajo hacia así.

—Eso es mentira —susurró—. Y la mentira siempre se paga.

—Te aseguro que…

—Estás mintiendo, espía —gruñó él—. Así que… ¡paga!

Fue un precio muy hermoso el que pagó Brigitte Montfort por su mentira… Cuando el beso terminó, parecía que hubiesen pasado siglos de vida, siglos de amor. Pero sólo fueron un par de minutos, quizá algo más. El sol continuaba brillando, dorado, sobre la isla de Malta, sobre el azul Mediterráneo que la rodeaba, sobre la gran jaula entre cuyos alambres se filtraba, cuadriculándolo todo, sobre las limpias aguas de la piscina, sobre las flores y los árboles del jardín…

Número Uno se quedó mirando la sonrosada boca, fresca y tierna, que, una vez más, había sabido expresar todo su amor con un beso. Vio moverse los dulces labios, oyó la voz:

—¿Cómo te ha ido por la ciudad?

—Mal —replicó—. Muy mal…

—¿Qué ha ocurrido?

—Tengo la inquietante impresión de que saben de mí prácticamente todo lo que se puede saber.

—¿Todo?

—Me temo que sí. Algo intuí cuando me citaron por teléfono esta mañana, y luego se ha confirmado. Por supuesto, ellos saben hace tiempo que mi verdadero nombre no es Angelo Tomasini, pese a lo cual, se me ha aceptado aquí como residente fijo. No tengo la menor duda de que soy… apreciado considerablemente en el actual gobierno maltés, pero…

—¿Pero?

—Me han ofrecido la jefatura absoluta del servicio de espionaje y contraespionaje de la República.

—¡Oh! ¡Eso quiere decir que saben que eres Número Uno!

—Parece evidente. ¿Ha llegado alguna paloma con mensaje?

—No, no… ¿Qué has respondido a la oferta?

—Me he negado. No estoy dispuesto a trabajar nunca para nadie más, lo sabes muy bien. Hasta que muera, ya sea violentamente, o

apaciblemente de viejo, siempre seré independiente. No quiero más decepciones[1].

—Te comprendo, mi amor. Pero… ellos te presionarán, no dejarán escapar para su servicio secreto a un hombre como tú.

—Les he ofrecido una alternativa, que quizá les resulte satisfactoria: trabajar para ellos, sin vinculación alguna, siempre que su servicio secreto habitual no pueda resolver determinada dificultad o circunstancia delicada.

—¿Y lo han aceptado?

—Lo estudiarán. Está claro que me tienen en alta estima. Y por eso últimamente, han contado conmigo para determinadas actividades de índole… sociopolítica, por definirlo de algún modo. Como agradecimiento a su tolerancia hacia mi permanencia en este país, yo estoy dispuesto a seguir colaborando. Pero tendrá que ser gratis, sin responsabilidad alguna, y sin cargo oficial alguno. De este modo, jamás volveré a llevarme un desengaño… ¿Cómo has pasado la mañana?

—Pues temiendo, de un momento a otro, que tus amigas confundiesen mi cabeza con un nido.

Número Uno sonrió, cosa pasmosa en verdad, y cuando Brigitte iba a exteriorizar su asombro, él le cerró la boca, besándola de nuevo.

Las palomas permanecían en silencio, contemplando a la singular pareja. Una de ellas, más osada, se posó en la cabeza de Brigitte, que se apartó de Número Uno, riendo.

—¿Lo ves? —señaló con una manita hacia arriba—. Si queremos besarnos, tendremos que salir de la jaula.

—Buena idea —aprobó él—. ¿Te apetece un aperitivo?

—Mientras lo preparas, iré a ducharme.

Salieron de la jaula, abrazados por la cintura, caminando a pleno sol mediterráneo, despacio, con aroma de flores, del mar… Antes de entrar en la casa pasaron, inevitablemente cerca del coche de Número Uno, pero, como él no dijo nada y ella tampoco habló.

Dos minutos más tarde, estaba en el cuarto de baño del dormitorio, bajo el tibio chorro del agua. Y otros pocos minutos después, salía de la bañera, tomaba la gran toalla y comenzaba a secarse. Casi había terminado cuando entró Número Uno. Brigitte quedó inmóvil, mirándolo dulcemente Él se acercó, le quitó la toalla

y la abrazó.

—El aperitivo estará listo dentro de veinte minutos más o menos.

—No sabía que fuese tan laborioso preparar un aperitivo.

—En ocasiones, sí —musitó él, inclinándose hacia su boca.

Ella se colgó de su cuello y continuó besándolo mientras él la llevaba en brazos hacia el dormitorio. Cuando noto en su espalda el contacto fresco de la sábana, apretó más con sus brazos en el cuello de él, y con sus labios en los del hombre que amaba…

Cuarenta minutos más tarde, en el salón de Villa Tartaruga, Número Uno ponía una copa de *martini* entre los deditos de Brigitte, que llevaba solamente un delicioso albornoz de color parecido al de sus ojos, y los cabellos recogidos con una toalla del mismo color, colocada en forma de turbante.

Ella bebió un sorbito y sonrió.

—Lo que más me gusta es el aperitivo del aperitivo —dijo suavemente.

Número Uno se había puesto un batín, se sentó en un sillón y la sentó a ella en sus rodillas. Brigitte cerró los ojos cuando él la besó en la garganta, y suspiró cuando una mano de él se deslizó por su pecho.

Si continuamos así, almorzaremos a la hora de la cena, mi amor.

—No estaré aquí a la hora de la cena —murmuró él, sombríamente.

Brigitte le miró y miró luego al exterior, por el amplio ventanal. El coche delante de la casa…

¿Has dejado el coche fuera del garaje porque vas a tener que llevarme al aeropuerto?

—Me gustaría equivocarme, pero… Cuando venía hacia aquí, desde La Valetta, escuché una noticia extraordinaria por la radio del coche. Entonces di la vuelta y fui a adquirir un pasaje de avión para París. De todos modos, soy lo bastante rico para alegrarme si tengo que romperlo.

—¿Qué ha pasado?

Un submarino ruso, nuclear, ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? —exclamó Brigitte—. ¡Un submarino nuclear no desaparece así como así!

—Aunque se ignoran las causas, lo cierto es que las últimas

noticias situaban al submarino ruso a unas doscientas millas de la costa francesa, al sudoeste del Cabo San Mateo Luego, el silencio.

—¿De dónde proviene esa descabellada noticia?

—De la agencia soviética Tass. Según he entendido, los rusos han deslizado, por el momento con gran suavidad, la sugerencia de que podría tratarse de algo ajeno a un accidente de navegación.

—¿Qué quieres decir? —palideció Brigitte.

—Yo, nada. Los rusos, no sé.

—¡Eso es absurdo!

No puedo decirte otra cosa. En estos momentos reina gran agitación en París y en Londres, plazas fuertes en cuanto a la obtención de noticias, ya que la agencia Tass ha quedado sumida en el más completo silencio en cuanto a este asunto.

—Dios mío… ¡Oh, pero tiene que ser un accidente, eso es todo!

—Esperemos que si. Sería una estupidez grandiosa que Estados Unidos hubiese querido tomar represalias contra Rusia por lo sucedido últimamente, con referencia a las maniobras de la OTAN en el Báltico. ¿No es eso lo que estás pensando? [2]

—Sí… Oh, claro que eso es imposible, mi amor. Ha sido un accidente, simplemente.

—Entonces ya puedo romper el billete de avión.

—Bueno… ¿No te gustaría venir conmigo a París?

—Me gustaría, pero si me marchase en estos momentos de Malta, en La Valetta se lo tomarían muy mal. Estamos en plenas negociaciones, mi amor. Me conoces bien… Como decías antes, puede que yo sea antipático, áspero y mil cosas más, pero convendrás conmigo en que de ninguna manera soy desagradecido, así que no puedo darles un desplante semejante a quienes durante años me han permitido vivir aquí…, donde tengo Villa Tartaruga…, donde estamos ahora tú y yo…, y donde he sido más feliz que en ninguna otra parte del mundo.

—Tienes razón —Brigitte sonrió y le besó suavemente en los labios—. No puedes marcharte ahora. En cuanto a mí, también tengo mucho que agradecerle a Malta, pues también he sido más feliz que en ninguna otra parte del mundo. Pero… Bueno, mi amor, me pregunto si te disgustaría que fuese yo a pasar unos días en París. Mientras tú llevas a término tus negociaciones, yo podría obtener noticias sobre ese submarino. Noticias periodísticas

solamente, te lo aseguro. Hace días que no envío nada al *Morning News,* así que Miky Grogan debe estar muy enfadado conmigo. Si le envío un reportaje sobre ese asunto, le haré feliz.

—Es obligación de un buen amigo hacer feliz a quien realmente ama. De acuerdo, mi amor. No soy tan estúpido como para retenerte aquí en estos días en que tengo que afrontar una situación que me impedirá gozar plenamente de tu compañía. En definitiva, parece que vas a utilizar tu pasaje de avión a París.

Brigitte se inclinó hacia Uno, hacia la boca masculina, mientras apretaba contra sus senos la mano de él.

—Pero tú sabes —susurró— que, como siempre, mi corazón se queda contigo, mi amor…

Románticamente hablando, el corazón de la señorita Brigitte Montfort había quedado en Villa Tartaruga, ciertamente, pero ella llegó a París, vía Roma, aquella misma tarde, al anochecer. Es decir, llegó al aeropuerto de Orly donde, una vez cumplidas las formalidades de rutina, y cuando cruzaba el vestíbulo hacia la salida, seguida de un mozo que portaba su equipaje, se llevó la primera sorpresa.

Un destello cegador, cerca de ella, la sobresaltó un instante. Acto seguido, se quedó mirando inexpresivamente a los dos hombres que le sonreían, acercándose a ella, uno de ellos todavía sostenía en alto la cámara fotográfica con la que acababa de tomarle la fotografía. El otro le tendió la mano, en cuanto se detuvieron ante ella.

—Bernier —se presentó—, de *Le Parisien,* él es mi pareja fotógrafo, Duval. Esperamos no haberla molestado…, ni habernos equivocado. ¿No es usted *miss* Montfort, del *Morning News* de Nueva York?

—Sí —parpadeó Brigitte, y aceptó la mano del llamado Bernier —. En efecto. ¿Qué ocurre?

Bernier lanzó una carcajada simpática.

—¡Pues no ocurre nada especial…, aparte del asunto del submarino ruso! Naturalmente, usted ha venido a París para trabajar en esa noticia, ¿no es cierto?

—No. Estaba descansando unos días en Roma y sólo estoy en París de paso hacia los Estados Unidos. De todos modos, no se me

ocurre por qué me han fotografiado, *monsieur* Bernier.

—¿No se le ocurre? —se pasmó el francés—. ¡Caramba, *miss* Montfort, no tiene por qué ser tan modesta! Un periodista de la categoría de usted, es noticia por sí misma... Estábamos aquí a la caza de personajes que llegasen a París, hemos visto y hemos pensado que sería interesante un intercambio de impresiones. ¿O quizá no se ha enterado del asunto del submarino ruso?

—Algo he oído —asintió amablemente Brigitte.

—Entiendo —sonrió Bernier—. No piensa soltar prenda ¿verdad? Bueno, así es el periodismo. ¿Realmente acaba de llegar de Roma?

—Vuelo 209 de Alitalia —rió Brigitte—. ¡Puede comprobar la lista de pasajeros!

—No, no, por favor... Bueno, de acuerdo, estaba en Roma descansando, pero, naturalmente, recibió un telegrama del *Morning News*, indicándole que debía ponerse a trabajar en esto... ¿Cuál es su punto de partida? ¿Por dónde piensa empezar a trabajar la noticia?

—No tengo ni la menor idea.

—¡Vamos...! Usted dirige la Sección Internacional del *Morning, miss* Montfort. ¡Es imposible que haya venido París a ciegas! Si el *Morning* la ha destacado a usted.

—No quisiera parecerle descortés, señor Bernier, pero estoy un tanto fatigada y me gustaría poder seguir mi camino en busca de un hotel confortable y silencioso. Por favor, no se lo tome a mal.

—Claro que no —murmuró Bernier, sonriendo—. Sólo una pregunta más, por favor. ¿Sí?

—De acuerdo.

—¿Piensa usted trabajar en la noticia de la desaparición del submarino nuclear soviético?

—Pues... Bueno, supongo que sería una pésima periodista si, aprovechando mi paso por París, no me tomase el adecuado interés por esa noticia, naturalmente.

—En ese caso, hagamos un pacto: podemos intercambiar la información que vayamos recibiendo, por nuestros respectivos canales habituales. ¿En qué hotel piensa alojarse?

—Espero encontrar sitio en el Hilton. —Rió Brigitte—. Pero, señor Bernier, no hay pacto.

—¿Por qué no? —protestó el francés.

—Porque para saber lo que sabe usted, me bastará leer los periódicos de París de esta tarde. Y en cambio, lo que yo pueda saber no está al alcance de usted en periódico alguno. Lo que significaría que usted no está jugando limpio, precisamente.

—¡Caramba! —rió Duval—. ¡Esta es toda una respuesta, Bernier!

—Bien —se resignó éste, encogiéndose de hombros y sonriendo —. Estoy seguro de que no me guarda usted rencor, *miss* Montfort: el periodismo es el periodismo.

—Ahora nos entendemos mejor —sonrió a su vez Brigitte—. De todos modos, espero que nos iremos viendo por París, y, ¿quién sabe?, es posible que podamos prestarnos ayuda mutua. Encantada de haberlos conocido.

Estrechó la mano de; ambos hombres y prosiguió su marcha hacia la salida del aeropuerto. Poco después, estaba camino de París, en un taxi, pensando que Bernier habría dado saltos de alegría si ella le hubiera dicho que aceptaba su pacto, y que su aportación al mismo estaría respaldada por las informaciones que pudiese obtener del MI5, procedentes de uno de sus jefes, John Pearson, alias Fantasma, del SDECE, procedentes de un jefe de éste, *monsieur* Nez…, y de la misma CIA, procedentes del jefe de ésta en París. Eso para empezar…

Aunque ¿era conveniente buscar esa clase de contactos, estas fuentes de información? ¿Era prudente establecer contacto con Simón-París? ¿No sería mejor trabajar utilizando sólo los recursos periodísticos?

Todavía sin haber tomado una determinación al respecto, llegó a París, y minutos más tarde al hotel Hilton, en Avenue de Suffren. No tuvo dificultad alguna en conseguir alojamiento: una hermosa *suite* al exterior, desde cuya ventana veía la Torre Eiffel.

Lo primero que hizo fue expedir dos telegramas, uno a La Valetta, Malta, notificando que había llegado bien y mencionando el hotel donde se había instalado, el otro, a Nueva York, al *Morning News*, informando al director de éste, Miky Grogan, que:

> Estoy en París dispuesta a trabajar en actualísima noticia mundial *Stop* Pronto el primer artículo *Stop* Besos.

Brigitte

Capítulo II

Ni los periódicos de la tarde, ni los que leyó a la mañana siguiente, en su *suite*, aportaron nada interesante ni tan siquiera ligeramente aclaratorio sobre lo sucedido al submarino nuclear soviético. Se continuaba mencionando la noticia, eso era todo. Aparte, naturalmente, de todo un conjunto de especulaciones sobre el inquietante accidente. Por supuesto, no había ninguna aclaración proveniente de la agencia Tass rusa, lo que dejaba las cosas tal como estaban.

Sin embargo, sí había en *Le Parisien* una noticia que interesó y casi molestó a la señorita Brigitte Montfort: la de su llegada a París. Noticia que iba acompañada de la fotografía que Duval había tomado en Orly, y en la que se veía a *miss* Montfort caminando y sosteniendo en su mano izquierda un maletín de viaje, en el que casi se podían distinguir las florecillas estampadas sobre el fondo oscuro. Al no ser en color no podía distinguirse el color rojo del fondo ni el azul de las florecillas…

> París.- En el vuelo 209 de Alitalia, procedente de Roma, ha llegado a nuestra ciudad, anoche, la famosa periodista americana *miss* Brigitte Montfort, una de las poseedoras del Premio Pulitzer, directora de la Sección Internacional del neoyorquino *Morning News.* Con cierta reticencia, pero con innegable cortesía y simpatía, expresándose en un francés perfecto, *miss* Montfort acabó por admitir que aprovechará su estancia en París para interesarse por la noticia referente al accidente sufrido por

el submarino nuclear soviético, desaparecido hace días en el Atlántico a doscientas millas de la costa francesa.

Teniendo en cuenta la indiscutible categoría de *miss* Montfort, cabe esperar en breve que aporte noticias de auténtico interés sobre el asunto. Mientras tanto, deseamos a nuestra relevante colega una felicísima estancia en París, donde ha quedado instalada en el Hilton.

—Todos los periodistas sois unos fisgones —acabó por decir en voz alta Brigitte, sonriendo.

Y puesto que ya había tomado una decisión, saltó de la cama, sacó del armario el maletín rojo con florecillas azules, de éste extrajo la radio, y, tras colocar la onda de París, apretó el botoncito de llamada.

—¿Sí? —sonó una voz de hombre en el pequeño aparato.

—Buenos días, Simón.

—¡Estupendo! —exclamó inmediatamente el interlocutor de la divina espía—. ¡Me alegro muchísimo de queda hayan mandado a parís, Baby!

—Lamento decepcionarle —sonrió Brigitte—, pero mi estancia aquí no es… oficial.

—¿Qué quiere decir?

—No he sido enviada por nadie. Simplemente estoy aquí.

—Oh… ¿Por casualidad?

—Bueno, no hay que exagerar —casi rió ahora Brigitte—. Lo que trato de decirle es que nuestro directorio ni siquiera sabe que estoy en París. Sin embargo, ya que estoy aquí, creo que debo interesarme por la noticia que usted ya sabe. ¿Puede facilitarme alguna información?

—Ninguna en absoluto…, salvo que París está hirviendo de agentes de la MVD.

—¿En actitud agresiva…?

—Por ahora, no. Pero están muy activos, metiendo sus narizotas en todas partes. Y lo mismo sucede en Londres, naturalmente. Sé también que han destacado bastante personal en el norte de

España… Digamos que están formando un círculo receptor de noticias sobre el punto en que se supone que desapareció el submarino.

—*¿Se supone?*

—Bueno, a nadie le consta que sea cierto. Nosotros estamos pensando muy seriamente en que puede tratarse de alguna… sofisticada maniobra rusa.

—¿Con qué objeto?

—Ni idea. ¿Debo considerar que usted toma el mando de París?

—No… Por ahora, no, Simón. Sigan pulsando todos los canales de información, pero discretamente. Y por supuesto no quiero ninguna clase de enfrentamiento con los rusos. En cambio sería muy conveniente que realizáramos algún… acercamiento amistoso, digamos en plan de colaboración, a ver si sacamos algo en claro.

—Lo intentaremos, pero lo veo difícil. Los chicos de Moscú están en una actitud que ya conocemos, de no fiarse ni de su madre. Con perdón.

—Es lógico. Bien, iré llamando periódicamente.

Estamos a sus órdenes… ¿Ha leído usted *Le Parisien*?

—Si —se puso tensa Brigitte—. ¿Por qué?

—Bueno… Parece que anoche llegó a París nuestra compatriota Brigitte Montfort, la periodista. Supongo que la conoce usted, naturalmente.

—Sí, naturalmente.

—Sería conveniente para esa muchacha que no se hiciese ver demasiado, teniendo en cuenta la gran actividad de los rusos en París. Quiero decir que quizá los de la MVD pudieran tener la descabellada idea de relacionar a la señorita Montfort con otras actividades no periodísticas, si ella se mostrase… demasiado eficiente, aunque sólo fuese en su trabajo periodístico, claro. ¿Me comprende?

—Le comprendo perfectamente —susurró Brigitte—. ¿Algo más?

—No. Sólo que tenga mucho cuidado.

—Lo tendré. Gracias, Simón.

Cerró la radio y quedó pensativa. Sí… Cualquier día los rusos, o cualesquiera otros enemigos de la agente Baby, llegarían a una interesante conclusión sobre *miss* Montfort y su gran eficacia informativa en cuestiones de política internacional. Y ese día…

El timbrazo del teléfono la sobresaltó.

—¿Sí? —atendió la llamada.

—Buenos días, *miss* Montfort. Aquí Bernier. ¿Ha descansado usted agradablemente?

—Muy agradablemente, gracias. Bernier, ¿realmente cree usted que mi presencia en París puede interesarle a alguien?

—¿Se ha molestado?

—Sólo un poco.

—Vaya, lo siento mucho… Me gustaría desagraviarla. ¿Me acepta la invitación a almorzar?

—Lamento decirle que he adquirido ya un compromiso.

—Me está bien empleado por no haberla llamado más temprano. ¿A cenar quizá?

—No puedo asegurarlo.

—Bien… ¿Qué le parece si me llama cuando haya decidido algo? Bastará que me deje un simple recado en *Le Parisien*. ¿Sí?

—De acuerdo. Le llamaré si puedo disponer de un par de horas. Adiós, señor Bernier. Gracias por su interés.

—Adiós…

Brigitte colgó. Se pasó las manos por la cara y quedó de nuevo pensativa. Quizá había cometido un error no aceptando la colaboración informativa de Bernier, ya que, aparte de la CIA, no tenía en aquel momento ninguna otra fuente de información. La idea de llamar a *monsieur* Nez pasó un instante por su mente, pero la rechazó. Tampoco iba a llamar a Fantasma a Londres… Por el momento, sería mejor que *miss* Montfort permaneciera en una discreta mediocridad.

Se bañó y se arregló ligeramente el rostro con un maquillaje discretísimo y, por supuesto, de la más elegante línea y tono, se puso un encantador conjunto otoñal de color azul pálido, y se dispuso a lanzarse a la calle. Vaciló entre proveerse de un bolsito corriente o llevar el maletín, y finalmente optó por el primero… Incluso su maletín debía tener ya cierta fama.

—¡Ese antipático indiscreto de Bernier…!

Debían ser las diez y media de la mañana cuando la señorita Montfort entregaba la llave de su *suite* en la conserjería del Hilton. Luego, ante la estupefacta mirada admirativa de todas las personas que había en el vestíbulo, cruzó éste hacia la salida.

Lo primero que vio, como agigantándose a sus ojos, fue al hombre que estaba apoyado en un coche, con un periódico en las manos, el cual alzó velozmente para taparse el rostro, al aparecer ella en la avenida. El periódico era *Le Parisien*.

No hubo el menor gesto en el rostro de Brigitte. Como si no se hubiera percatado del extraño gesto súbito del hombre, se encaminó por Avenue de Suffren, en dirección a Rue Jean Rey, es decir, en dirección a la Torre Eiffel. Poco después cruzaba Avenue Charles Floquet y llegaba a Champ de Mars. Frente a ella, la imponente altura de la torre más famosa del mundo, cuya punta final parecía llegar hasta las nubes que se cernían sobre París.

Por supuesto, la señorita Montfort estaba ya lamentando haber elegido el bolsillo en lugar del maletín, lo que significaba que estaba completamente desarmada e incomunicada. La idea había sido dar un paseo por Parc du Champ de Mars, y luego regresar al hotel para almorzar, pero, considerando la situación, quizá convendría simular con un gesto que había olvidado algo, regresar al hotel, recoger el maletín y, entonces, volver a colocarse de cebo.

¿O se había equivocado?

Solamente volvió los ojos, hacia la izquierda y hacia atrás.

No. No se había equivocado. Allá estaba el hombre, mirando a todos lados, como si buscara a alguien…, o como si quisiera asegurarse de que nadie se fijaba en él.

Otro error cometido por la espía internacional: no debió caminar hacia allí, pues si el hombre decidía atacarla con algún arma, quedaría a su merced en la grandiosa explanada, sin poder protegerse de ninguna manera… El hombre, de pronto, la miró a ella y en su rostro grueso y fuerte, basto, apareció un gesto resuelto. Brigitte se volvió un poco más hacia él, de modo que podía verlo con mayor comodidad. Se estaba acercando mucho, asi que iba perdiendo ventaja, ya que, si quedaba cerca de ella, podía darle un serio disgusto, incluso estando desarmada.

No tuvo que disimular más, porque el hombre llegó ante ella y sonrió con intenciones simpáticas.

—¿*Miss* Montfort? —preguntó en un susurro.

—Sí…

—Me llamo Chandel —se presentó, sin tender la mano—. Ferdinand Chandel. ¿Puede concederme unos minutos?

—Sí, por supuesto… ¿Nos conocemos de algo, *monsieur* Chandel?

—Usted a mí, no. Yo a usted, sí —alzó el periódico—. Sale su fotografía en *Le Parisien*… Es usted mucho más bonita en persona.

—Es usted muy amable, *monsieur*. ¿Qué tiene que decirme?

—Espero que merezca su interés… Es sobre el asunto del submarino soviético desaparecido. ¿Le interesa?

—Naturalmente que sí. Dudo que haya en todo el mundo un periodista que no sienta interés por esa noticia. ¿Usted sabe algo al respecto?

—Lo sé todo.

—¿Y tiene intenciones de decírmelo a mí, *monsieur*?

—Así es.

—¿Por qué?

El hombre la contempló con curiosidad y admiración.

—Es usted… bastante extraordinaria, ¿no le parece? —murmuró—. Lo normal en cualquier periodista habría sido comenzar a hacer preguntas sobre los hechos, no sobre los motivos que puedan impulsarme a mí a relatárselos.

Brigitte, que a su vez contemplaba a aquel sujeto alto, macizo, vulgar, de frente hundida y ojos pequeños y negros, se permitió una sonrisa.

—Yo no soy *cualquier* periodista, *monsieur* —dijo amablemente, apaciblemente—. Si lo fuera, usted no me habría elegido. ¿Me equivoco?

—No —se pasmó el hombre—. ¿Cómo lo sabe?

—Del mismo modo que sé que no es usted la persona directamente relacionada con el caso.

—¿Cómo sabe eso también? —exclamó Chandel.

—Pura lógica. Entiendo, pues, que he sido… seleccionada para recibir esa información. ¿Por qué yo?

—Realmente usted me está desbordando —sonrió Chandel—. Creo que sería mucho mejor que hablase usted con Redeemer…

—¿Con quién?

—Con Redentor. En estos momentos debe estar observándonos desde el coche. ¿Aceptaría usted dar un paseo? Es lo que tenía que haberle dicho desde el principio, pero habría resultado bastante chocante, ¿no cree?

Brigitte asintió con la cabeza, frunciendo el ceño con gesto interrogante. Chandel señaló hacia el extremo de Rue Jean Rey, en su confluencia con Avenue Charles Floquet, y los dos comenzaron a caminar hacia allí. El coche, un «Mercedes» color perla, estaba entre Charles Floquet y Suffren. Brigitte lo miró cuando Chandel lo señaló y desvió la marcha hacia allí, sin vacilar. Chandel se adelantó en el último instante, para abrirle la portezuela derecha de atrás, y Brigitte se metió en el automóvil, siempre con decisión.

Quedó realmente sorprendida, casi pasmada.

En verdad, el hombre que estaba en el asiento de atrás era extraordinario. O, al menos, lo era su aspecto. Vestía una túnica blanca, larga hasta los pies y abierta en el cuello, con unos preciosos bordados de tono azul. Sus cabellos eran muy largos, peinados con raya en medio, y llevaba una discreta barba, a la que se unía el bigote, ambos con abundante gris. La boca era grande, los ojos enormes, como puntos de triste luz negra, la nariz era sencillamente colosal. Delgado, moreno intenso. Debía tener alrededor de sesenta años.

El hombre la miraba sonriente, amable, casi dulcemente. Y sin dejar de mirarla, musitó:

—Vámonos de aquí, Karno.

Brigitte miró un instante al chófer, junto al cual se había sentado Chandel. Karno era alto, macizo, de gran cabeza redonda y cuello de toro; en cierto modo, salvo por la longitud del cabello, se parecía muchísimo a Chandel.

—Me parece que está usted sorprendida, señorita Montfort —dijo con tono cariñoso el hombre de la barba y la túnica.

Brigitte sonrió simpáticamente.

—Bastante más que sorprendida, señor. Veamos… ¿Debo entender, por su… aspecto, y a juzgar por el nombre que ha mencionado el señor Chandel, que usted pretende… tener cierta semejanza con Jesucristo?

—¿No se lo parece a usted?

—Bueno, en primer lugar, entiendo que Jesucristo alcanzó la edad de treinta y tres años, momento en que fue crucificado. Usted tiene algunos más, ¿no es así?

—Casi el doble.

—Realmente, no tenemos por qué exigir una edad determinada

a cualquiera que pretenda convertirse en nuestro… Redentor. Lo importante sería que, en efecto, nos redimiese de nuestros pecados y nuestras desdichas.

—¿Se está burlando de mí?

—No del todo. Pero espero que usted comprenda que me haga cierta gracia su nombre: Redeemer, Redentor. ¿A quién piensa usted redimir exactamente?

—Inteligente pregunta. ¿Me creerá si le digo que pienso redimir y salvar a toda la Humanidad?

Brigitte frunció el ceño y estuvo unos segundos mirandoa Redeemer. Por fin encendió un cigarrillo y, tras expulsar la primera bocanada de humo, musitó:

—Evidentemente, usted sabe quién soy yo. Debo suponer que a consecuencia de esa tonta noticia aparecida en *Le Parisien*.

—Sí. Pero ya tenía noticias de su existencia, antes de la publicación de ese articulito.

—Magnífico, En ese caso, tengo la esperanza de que esté al corriente de que soy una persona inteligente. Y cuando digo *inteligente* me refiero a algo más que una… determinada facilidad para asimilar conocimientos impartidos por otros. Lo que trato de decirle es que estoy perfectamente capacitada para pensar por mi cuenta, prescindiendo de lo que los demás traten de hacer creerme. Ahora, señor, responda a esta pregunta; ¿a quién piensa usted redimir exactamente?

—¿No quiere creer que pienso redimir a toda la Humanidad?

—No. Pero, de todos modos, me gustaría escuchar su versión del asunto. También me gustaría saber qué tiene que ver la redención de la Humanidad con un submarino nuclear soviético hundido…, al parecer de un accidente de navegación.

—Usted expresa y matiza muy bien sus pensamientos, sabe dar a cada palabra una… entonación justa, adecuada, expresiva… En efecto, cuando al pronunciar la palabra «accidente» usted ha cambiado tan sutilmente el tono de su voz, no iba desencaminada.

—Es decir, que no se trata de un accidente.

—Claro que no.

—Bien —palideció ligeramente Brigitte—. ¿Debo entender que usted piensa ponerme a mí al corriente de lo que ha sucedido… y por qué ha sucedido?

—Exactamente.

—¿Por qué me ha elegido a mí?

—Si está pensando que voy a pedirle dinero a cambio de una información más o menos fantástica y verídica, se equivoca. La he elegido a usted porque me ha parecido la persona idónea. En estos días, estaba buscando en París a esa persona, alguien que sirviese de intermediario entre yo y las… fuerzas del mal. Y de pronto, leo la noticia de su llegada a París. Ni siquiera tuve que reflexionar para elegirla; considero que su llegada ha sido… providencial. ¿Cree usted en la Providencia?

—Yo no creo en nada que la mente no sea capaz de comprender y explicar.

—Bien, en ese caso se lo diré todo de otro modo. La he elegido a usted por varios motivos. El principal de ellos es que, en efecto, es usted una de las mejores periodistas del mundo, y que, indudablemente, tiene usted gran cantidad de contactos con altas esferas en ambientes importantes, tales como la política, la milicia, la difusión de noticias, la economía… Sobre todo, lógicamente, en Estados Unidos. ¿Me equivoco?

—No.

—Magnífico. Luego está el hecho de que sea usted norteamericana, lo cual se adapta muy convenientemente a mis planes. Y por último, el hecho de ser mujer. Por lo general, i las mujeres son más impresionables que los hombres. Si he de ser sincero, lo que más ha influido en mi elección, de todos modos, ha sido el hecho de que sea usted norteamericana.

—¿Por qué?

—Espero que en Estados Unidos le hagan a usted mucho caso cuando explique, por medio de su periódico y agencias subsidiarias de éste, todo lo que tengo que decirle.

—Puedo garantizarle que leerán mis artículos con interés, no que me hagan caso.

—Es suficiente para mí, de momento. Aunque sería conveniente para todos que la hiciera caso. ¿Dispone usted de recursos profesionales en Europa? Quiero decir, ¿podría colocar sus artículos en los grandes periódicos del continente? —En estos momentos, cualquier periodista que contara algo interesante sobre ese submarino ruso, podría colocar todo lo que quisiera en cualquier

periódico europeo. Pero, en mi caso concreto, en efecto, dispongo de grandes recursos, de buenísimas relaciones profesionales.

—Espléndido. Me parece que mi elección ha sido la adecuada. ¿Aceptaría usted una invitación a mi domicilio?

—Por supuesto.

—Está un poco lejos —sonrió Redeemer—. Tendríamos que tomar una avioneta y viajar dos o tres horas.

—¿Le parece necesario?

—Conveniente. Y…, sí, yo diría que incluso necesario. —Muy bien; vamos allá.

—¿Así de sencillo?

—¿Prefiere usted que complique las cosas?

—No —rió Redeemer—. Sólo he pensado que quizá usted querría recoger su equipaje, o cuando menos, un poco de ropa. Hace algo de frío en el lugar adonde vamos a ir.

—En ese caso, pasaré por mi hotel a recoger alguna cosa. —Ferdinand la acompañará. De ninguna manera vamos a permitir que usted vaya cargada con maletas, señorita Montfort.

—Lo que quiere decir que de ninguna manera piensa usted permitir que me ponga en contacto con nadie.

—Observo que, en efecto, piensa usted por su cuenta. Voy a rogarle que, por el momento, se ponga usted en mi lugar, y comprenda que debo tomar ciertas precauciones.

—Lo comprendo muy bien. De acuerdo, aceptaré la compañía del señor Chandel, para tranquilidad de usted. ¿Adónde vamos a ir?

—Prefiero no decírselo, por ahora. Naturalmente, usted puede rechazar mi oferta, señorita Montfort, y buscaré otra persona que acepte apoyarme.

—No pienso cometer semejante tontería —casi rió Brigitte.

—Perfecto. Karno, vamos al Hilton. Luego, mientras esperamos a la señorita Montfort y a Ferdinand, buscarás un teléfono para llamar al aeropuerto de Le Bourget y ordenar que tengan preparada la avioneta…

Capítulo III

Brigitte se quedó mirando, fruncido el ceño, aquella especie de amplio antifaz que no tenía orificios para los ojos, y que Chandel le estaba mostrando.

—¿Qué es esto? —murmuró.

—Es una de esas máscaras que algunas personas sensibles se colocan ante los ojos para dormir, para conseguir una oscuridad completa. Debo rogarle que acepte ponérsela.

Brigitte frunció aún más el ceño, mirando a Redeemer, que ocupaba el asiento contiguo al de ella, en la pequeña avioneta que había despegado de Le Bourget, hacía unos minutos. A los mandos iba un hombre llamado Váak. En uno de los asientos dobles, viajarían Karno y Chandel; en el otro, Brigitte y Redeemer.

—¿Le parece necesario esto, Redeemer?

—Lo siento, pero sí. Le ruego que esté tranquila, señorita Montfort: no pensamos hacerle el menor daño, en modo alguno. Eso ya podríamos haberlo hecho, compréndalo. Sólo se trata de que no sepa adonde vamos, no dónde vamos a estar exactamente, ya que, después de habérselo explicado todo bien, la volveremos a traer a París.

—Está bien —aceptó la periodista-espía.

Chandel le colocó la mascarilla, y el tibio sol de primeros de octubre se oscureció, la tarde suavemente soleada se convirtió en negra noche a los ojos de Brigitte, que permaneció inmóvil. Era cierto: si hubiesen querido matarla, podrían haberlo hecho con toda comodidad, por el simple procedimiento de que Chandel, en lugar de esperarla escondiendo el rostro tras el periódico, le hubiese disparado con una automática. Esto, sólo como ejemplo, naturalmente.

En principio, parecía que volaban hacia el Sur, pero Brigitte sabía que en aquellos momentos ya debían estar virando hacia el

Norte. Si iban hacia un lugar donde hacía más frío que en París, no podía ser el Sur, sino el Norte, lógicamente. La idea que le asaltó, de pronto, la hizo estremecerse: ¿y si estuviesen volando hacia Rusia?

Por un instante, estuvo tentada de quitarse la mascarilla y dar buena cuenta de aquella gente, paro se serenó rápidamente. Si volaban hacia Rusia, ella lo sabría dentro de dos o tres horas… Tres horas. Si para entonces no habían aterrizado, podrían estar volando hacia Rusia…, o hacia el Polo Norte. En la duda, si dentro de tres horas, o poco más, es decir, cuando calculase que habían recorrido unos mil kilómetros, no habían aterrizado, tomaría ella el mando de la situación. A fin de cuentas, ahora estaba armada y bien preparada técnicamente para afrontar cualquier situación, ya que en el hotel, aunque siempre acompañada por Chandel, había recogido, no sólo una maleta con ropa de abrigo, sino su maletín, con todo el arsenal de trucos y recursos técnicos, pasaportes…

Pero el vuelo duró algo menos de tres horas, según sus cálculos.

Cuando ya comenzaba a pensar en el modo de tomar el mando de la situación, se dio cuenta de que estaban perdiendo velocidad y altura.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó.

—Prácticamente. ¿Está usted bien? —se interesó Redeemer.

—Un poco aburrida.

—Pronto terminará su aburrimiento, se lo aseguro.

Minutos más tarde, habían aterrizado. Redeemer le rogó que permaneciese con la mascarilla puesta, y Chandel la ayudó a ponerse el abrigo. Amortiguados, se oían motores de aviones, todos ellos más poderosos que el de la avioneta, ya silenciosa. Supo que la portezuela había sido abierta, cuando notó el súbito golpe de aire frío.

—La ayudaré a bajar —dijo Chandel.

—Gracias. ¿Todavía no puedo quitarme esto?

—Muy pronto. Por favor, sólo un poco más de paciencia.

—Está bien.

Notó la fuerte mano de Chandel en un brazo. Segundos después, estaba en tierra firme. Cerca de ella oyó la voz desconocida de un hombre, en un idioma que no entendió…, pero cuyas palabras quedaron en su mente, como si se tratase de un magnetófono.

—El coche está cerca —dijo Chandel.

—Mi equipaje…

—No se preocupe, vendrá con nosotros, naturalmente.

Un par de minutos más tarde, estaba dentro de un coche. En una rodilla notó una mano, con tacto y gesto afectuoso, simplemente.

—Pronto estará confortablemente instalada —oyó la voz de Redeemer.

Oyó cerrarse el portamaletas del coche. Luego, rugió el motor. El coche comenzó a moverse. Los finos oídos de Brigitte Montfort eran, en aquel momento, como pantallas receptoras, lo captaba todo, lo oía todo. En determinado momento, oyó de nuevo palabras en aquel idioma desconocido, que brotaban de un altavoz lejano… No sabía hablar aquel idioma, pero lo conocía, había oído hablarlo en varias ocasiones… Las palabras iban quedando grabadas en la mente de la espía internacional.

Junto a ella, a la izquierda, iba Redeemer; a la derecha, Chandel. Delante, además de Karno, iba otro hombre, que conducía el coche. Fue este hombre el que habló, preguntando algo. Brigitte permanecía inmóvil, en total silencio. Era extraño… Habían llegado a un aeropuerto, indudablemente, o cuando menos a algún pequeño aeródromo, pero enseguida comenzó a oír el rumor de la ciudad. El inconfundible rumor de la ciudad. Es decir, que el aeropuerto estaba prácticamente en la ciudad, cualquiera que ésta fuese… El rumor de ciudad era cada vez más intenso; más inconfundible. Una ciudad bastante importante. El hombre que iba al volante volvió a hablar, y Redeemer le contestó. La mente de la espía iba «archivando» todo lo que podía. Viajaban ahora mezclados con otros vehículos… El hombre del volante volvió a hablar, y Redeemer le contestó de nuevo.

El rumor de ciudad comenzó a decrecer. A los pocos minutos, Brigitte sabía que estaba circulando por una carretera. No se oían aviones; sólo de cuando en cuando, se cruzaban con un coche, o un camión.

—Estamos llegando —dijo Redeemer en francés—. Espero que nos perdone las molestias, señorita Montfort.

—No se preocupe —murmuró ella.

Siete u ocho minutos más tarde, el coche se detuvo por fin. Notó la manaza de Chandel en un brazo.

—Permítame… Baje un poco la cabeza, señorita Montfort.

Salió del coche. Oyó alejarse a éste, pero sólo un poco. Subió dos escalones… El coche, que se había detenido a su izquierda, volvió a hacer rugir su motor. Luego, dejó de oírse definitivamente, y se oyó el chasquido de algo… Una puerta grande, accionada por mandos eléctricos, al ser cerrada. Oía unas llaves. El sonar de una llave contra algo metálico. El chasquido de un pestillo.

—Camine, por favor.

Brigitte tendió la mano derecha hacia delante, y tocó la puerta abierta. Deslizó la mano por toda ella, dándose un pequeño golpe con un adorno…

—Cuidado —exclamó Chandel—. No se preocupe, yo la guío.

La guió, en efecto. Justo cuando las manos de Chandel en su nuca, deshaciendo la lazada que sujetaba allí la mascarilla, un reloj comenzaba a dar la hora: cu-cú, cu-cú, cu-cú, cu-cú…

Las seis. Las dieciocho, para ser exactos.

Brigitte se colocó las manos ante los ojos, cuando Chandel retiró la mascarilla.

—Serán sólo unos segundos de incomodidad —oyó la amable voz de Redeemer—. Espero que nos perdone tantas molestias.

—Ya le he dicho que no se preocupe —murmuró ella.

Fue retirando, poco a poco, las manos de delante de los ojos, hasta que, finalmente, pudo ver bien. Estaba en un saloncito verdaderamente acogedor, amueblado con comodidades y buen gusto, incluso con cierta alegría. Había un reloj de pie, muy adornado, del cual debía haber salido el pajarito mecánico que hacía cu-cú. Cuadros, buenas alfombras, calefacción, libros, bar… Había dos amplias ventanas, por las que se veía la negrura de la noche. Octubre, seis de la tarde, y ya era de noche…

—¿Quiere tomar algo? —ofreció Redeemer.

—Tomaría con gusto un café. Y algo de coñac, si es posible.

—Naturalmente.

Chandel era muy amable. Le sirvió el coñac, mientras Karno salía, sin duda a preparar el café. Se oyó el portazo, y la voz del chófer, que se alejó hacia el fondo de la casa, conversando con Karno. Estaba claro que Vaak se había quedado en el aeropuerto, al cuidado de la avioneta, posiblemente para preparar el viaje de regreso a París. Sí, con toda lógica.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Brigitte, mirando el coñac servido por Chandel.

—Sí, claro.

—Bueno, este lugar podría ser, simplemente, su… base de operaciones, ¿no?

—En cierto modo, lo es. Quiero decir que lo es, pero, al mismo tiempo, es mi casa. ¿Demasiado pesado el viaje?

—No, no. Estoy acostumbrada a viajar. Ya, ni siquiera me altera demasiado el cambio de horarios ni de comidas… ¿Usted no va a tomar coñac?

—No bebo. Ni fumo. En realidad, no tengo ningún vicio.

—Pues le admiro y le envidio —refunfuñó Brigitte—. Yo, en cambio, me fumaría ahora mismo un cigarrillo. Los tengo en mi maletín.

Chandel salió del salón. Regresó un minuto más tarde, con la maleta y el maletín de Brigitte, entregando este último a la espía, que sacó cigarrillos, el encendedor… En aquel momento, Redeemer y Chandel estaban a su merced, pero Brigitte se limitó a encender el cigarrillo. Dejó el maletín abierto junto a ella, en el sofá, y tiró dentro con un gesto displicente, el encendedor.

—Tomaré un poco de coñac, mientras aguardo el café. Espero que serán también tan amables de invitarme a cenar, Redeemer.

—No le faltará a usted nada, mientras esté aquí. ¿Le parece bien que cenemos a las ocho?

—Por mí, está bien.

—Normalmente, cenamos más tarde, pero precisamente hoy no hay nadie más en la casa, y como acabamos de llegar… De todos modos, podemos aprovechar el tiempo. ¿Qué le parece si, mientras Karno y De Munk preparan la cena, nosotros hablamos del asunto?

—Me parece muy bien. Cuanto antes, mejor. ¿Podré volver a París esta misma noche?

—Mejor que no. En primer lugar, debe estar usted cansada de tanto viajar, así que esta noche podrá descansar adecuadamente. Por otro lado, me gustaría que usted escribiese aquí mismo, esta noche, el primer artículo sobre el asunto… Quisiera asegurarme de que el contenido es el que yo deseo. No es que dude de su calidad periodística, pero, en ocasiones, cuando se usan intermediarios, es mejor asegurarse de que éstos hacen lo que tienen que hacer.

—Me parece razonable, si bien estoy segura de que le satisfará mi intervención.

—No lo dudo, pero más vale asegurarse. Ah, el café… En cuanto lo haya tomado y esté dispuesta, pasaremos a la Sala de Proyectos.

Brigitte dirigió una mirada casi amable a Redeemer. El aspecto de éste era chocante, pese a todas las peculiaridades imperantes en la moda del peinado y la indumentaria. Parecía un santón, un hombre apacible y bondadoso. En líneas generales, podía recordar las más clásicas estampas de Jesucristo, pero, era demasiado menudo y viejo para que la comparación llegase demasiado lejos.

—Espero —dijo, de pronto, Brigitte— que no pretenderá hacerme creer que usted es hijo de Dios.

—Lo soy.

—¡Oh, vamos…! —exclamó la divina.

—Lo soy, en la misma medida que lo somos todos.

—Ah… ¡Ah, bien!

Se dedicó a tomar café, Luego, bebió otro sorbito de coñac. Por último, se quedó mirando, con gesto interrogante, a Redeemer. Este miró a Chandel que, tras tomar café, estaba bebiendo también coñac; al captar la mirada de Redeemer, terminó la copa de un trago, y se puso en pie. Redeemer hizo lo mismo, y acto seguido lo hizo Brigitte.

Salieron del saloncito, recorrieron, un pasillo…, y en el mismo momento en que Redeemer señalaba una de las puertas que daban a éste, Brigitte se detenía en seco delante de otra, que estaba abierta. Así pues, pudo ver perfectamente el interior de la habitación.

Enfrente mismo de la entrada, había un armero, adosado a la pared. En él, se veían rifles, metralletas, pistolas, y algunas granadas. Más allá, a la derecha del armero, había una vitrina, en la que se veían algunas máscaras antigás, y lo que parecían botes de conserva…, sin etiqueta de ninguna clase.

—¿Qué es esto? —Murmuró Brigitte.

—Es el dormitorio del grupo de hombres que dirigen mis diversos grupos. ¿Quiere verlo?

No hacía falta que Brigitte contestase. Entraron los tres, y la espía vio en seguida las tres hileras de literas, cada una con cuatro plazas, a la izquierda. A la derecha, una pequeña librería, un sofá, dos sillones, algunas sillas… La mirada de Brigitte volvió a las

armas.

—¿Con qué objeto tiene usted hombres armados a su disposición, Redeemer?

—Lo irá comprendiendo todo, cuando le explique el asunto, en la Sala de Proyectos. Venga, por favor.

Salieron al pasillo, y luego entraron en la habitación cuya puerta había señalado antes Redeemer. La habitación era aún más grande que la anterior, y, evidentemente, había sido conseguida derribando los tabiques de separación de dos habitaciones.

Dos de las paredes estaban llenas de mapas y planos. En el centro de la habitación había una gran mesa, sobré la cual había diversas maquetas. A la derecha, una amplia mesa de despacho, con montañas de papeles y libros encima. Detrás, una librería abarrotada de libros y rollos de pergamino. A un lado de la mesa, un archivo metálico.

—¿Estamos en la Sala de Proyectos?

—En efecto. Uno de ellos, precisamente, ha sido el sabotaje al submarino nuclear ruso.

Brigitte volvió vivamente la cabeza hacia Redentor.

—¿Quiere decir… que es cierto que se ha hundido un submarino ruso…, y que ha sido usted quien lo ha hundido?

—Exactamente.

—¡No diga tonterías!

—¿Sabe usted lo que es el dinero? —sonrió Redeemer.

—Claro que lo sé… ¡Una porquería!

—Bueno, eso es cierto —rió ahora Redeemer—. Pero, al mismo tiempo, es el arma más poderosa del mundo. Yo tengo tanto dinero que no me ha costado gran cosa conseguir un poder… acorde con mi fortuna. Evidentemente, no soy un loco que pretenda comparar su potencial económico, ni de ninguna clase, con Rusia o Estados Unidos… Ni con ningún país, claro está. Pero le aseguro que tengo el suficiente dinero para… comprar parte de ese poder. ¿Sabe usted lo que es el soborno?

—Desde luego.

—¿Y el sabotaje?

—Sí… Naturalmente.

—¿Le parece a usted imposible que, con mucho dinero, yo haya conseguido sobornar personal ruso, que haya sometido el

submarino en cuestión a un sabotaje que lo haya hundido para siempre, con ciento seis hombres a bordo?

—No es posible que esté hablando en serio —susurró Brigitte.

—¿No? Por favor, venga a ver este mapa… ¿Lo identifica?

—Es la zona donde se dice que se ha hundido el submarino nuclear ruso… ¿Y esta señal roja?

—Esta señal roja, a ciento ochenta millas exactamente de la costa Oeste francesa, a la altura de la ciudad de Brest, es el punto exacto donde se hundió el submarino saboteado por el personal que yo soborné, hace un par de meses, en… cierto lugar. Observe la profundidad del mar en esta zona, y comprenderá que ese submarino *jamás* podrá ser rescatado. Ni, posiblemente, localizado. Lo crea usted o no, ese submarino está en el fondo del mar, porque yo así lo he querido.

—Pero… ¿con qué objeto?

—Ajá, ya empezamos a dialogar adecuadamente… ¿Usted no cree que un submarino nuclear…, o incluso uno convencional, es un arma peligrosa para la Humanidad?

—Sí.

—Pues bien, yo he destruido esa arma. Jamás podrá ser utilizada.

—Usted ha destruido ciento seis vidas, Redeemer,' eso es todo —dijo secamente Brigitte—. Por lo demás, Rusia no va a quedar muy mermada de fuerzas porque usted le haya hundido un submarino. ¿Cuántos más podrá hundir? ¿Diez? ¿Veinte?

—Digamos que voy a eliminar *todo el potencial militar de todos los países del mundo*.

Brigitte se quedó mirando, atónita, al hombrecillo de las barbas y el largo peinado con raya en medio. Por fin, esbozando una amarga sonrisa, movió la cabeza con gesto incrédulo.

—Nadie puede conseguir eso actualmente —murmuró.

—Yo sí. Empezando por los Estados Unidos, naturalmente.

—¿Por los Estados Unidos? —respingó la espía—. ¿Por qué? ¿Y por qué, entonces, ha hundido, en primer lugar, un submarino soviético?

—Me ha parecido que, en primer lugar, debía convencer a Rusia, y a toda Europa, por el momento, del mucho daño que puedo yo hacerles, si no me ayudan a destruir Estados Unidos.

—¿Usted pretende… que Rusia y toda Europa… le ayuden a destruir Estados Unidos?

—Así es: quiero matar al coloso. No vamos a engañarnos, ¿verdad? Estados Unidos es, hoy por hoy, el coloso mundial. Pues bien: yo deseo la muerte del coloso. Y como no estoy loco, y sé muy bien que yo solo no conseguiría más que hacer el ridículo, he decidido unir Europa y Rusia para que… convenzan a Estados Unidos de que dejen de existir como nación soberana y poderosa.

—¿Realmente espera que Europa y Rusia se unan, y que le hagan caso a usted, en ese proyecto de atacar Estados Unidos…?

—¿Atacar? ¿Quién ha hablado de atacar? Yo, no, desde luego.

—Pero… si no atacan a Estados Unidos…, ¿cómo van a matarlo, cómo van a matar al coloso?

—Por medio de la persuasión amistosa. Estoy organizando las cosas de modo que toda Europa, y Rusia, se unan para pedirle a los Estados Unidos que dejen de existir… a las buenas. Si no aceptan, a las malas.

—Lo que supone que atacarían a Estados Unidos, en definitiva.

—Sólo en el último extremo. Pero espero que pueda convencer a su país de que deje de existir como tal, y se convierta… en la despensa del mundo, en una colonia a disposición de todos los seres del planeta, en lugar de ser un coto privado para doscientos millones de privilegiados.

—Debo estar soñando —exclamó Brigitte.

—No. Por el momento, y para demostrar a Rusia y Europa mi relativa fuerza, he hundido un submarino soviético. Mañana, usted publicará un artículo absolutamente sensacional, y que pondrá al mundo al corriente de mis intenciones: todos deben unirse para matar al coloso. Si no lo hacen, cientos de terribles desgracias se irán abatiendo sobre Europa y Rusia…, por el momento. La situación llegará a tales extremos que, o bien Estados Unidos se anulará voluntariamente como país soberano, y quedará a disposición del mundo, con todas sus riquezas, o bien el resto del mundo Se volverá contra Estados Unidos. O eso, o yo seguiré ocasionando terribles desgracias a todos.

—¿Qué clase de desgracias?

—Bien… Puedo hundir un trasatlántico en el que viajen dos mil personas, por ejemplo. O hacer descarrilar un tren, o, peor aún, que

choque con otro que vaya en dirección opuesta. Puedo hacer explotar, por accidente, un par de bombas atómicas, en lugares donde nadie creería que existiesen siquiera. Puedo provocar diversas clases de epidemias. Puedo inundar pueblos y ciudades enteras, tan sólo con reventar algunas de las presas más importantes del mundo. Puedo hundir varios petroleros, cerca de las costas europeas, de modo que los perjuicios económicos serían cuantiosos…, y los personales, terribles, si alguien incendiaba ese petróleo. Puedo ocasionar…

—Está bien —jadeó Brigitte, que estaba lívida—. ¡Está bien, está bien! ¡No siga!

—No se asuste —sonrió Redeemer—. Ya verá como todo eso no va a ser necesario. Y parte del mérito será de usted.

—¿Qué parte? ¿A qué se refiere?

—Bueno, usted va a ser quien escriba todo lo que estamos hablando, y lo publique del modo en que pueda ser más ampliamente difundido por todo el mundo; pero, por ahora, especialmente en Rusia Europea y América. Usted, bajo mi dirección, escribirá las cosas de modo que Europa y rusia comprendan que las desgracias van a caer sobre todos los habitantes del continente, si no presionan a Estados Unidos para que vuelva a ser lo que fue: tierra de nadie. Tienen que presionar a Estados Unidos para que abandone la ONU, la OTAN, en fin, todos los organismos a que pertenece actualmente. Tienen que convencerlo para que destruya todas sus armas, abra sus fronteras, y consientan en compartir todas sus riquezas de todas clases con el resto del mundo. Se acabó el confortable aislamiento, el poderío político, bélico, social, financiero… ¡Se acabó todo! Dentro de un año, como máximo, Estados Unidos será sólo un recuerdo, un nombre en la Historia, y todas sus riquezas serán del dominio público, de todos los que las necesitan y jamás han tenido acceso a ellas. Si Europa y Rusia convencen a Estados Unidos a las buenas, mejor. Si no los convencen a las buenas, tendrán que hacerlo a las malas… Pero tendrán que hacerlo, o miles de desgracias de todas clases se abatirán sobre el continente. ¿Lo entiende usted?

—Sí —susurró Brigitte—. Sí, lo entiendo.

—Pues empezaremos a trabajar ahora mismo. Tengo una máquina de escribir a su disposición.

—No conseguiremos nada.

—¡Lo conseguiremos, o yo convertiré Europa en el estercolero y el cementerio del mundo! ¡O luchan contra Estados Unidos hasta aniquilar ese país, o yo aniquilaré Europa y Rusia, lentamente, terriblemente, con enfermedades, hambre, explosiones, inundaciones…! ¡El terror del pueblo, de la gente, será tal que se rebelarán contra sus gobiernos, si éstos no aceptan mis instrucciones de aniquilar Estados Unidos! ¡Lo conseguiremos!

—Usted quizá olvida… que está hablando… con una norteamericana, Redeemer.

—¡Por el contrario, lo tengo muy presente, ya le dije que la había elegido básicamente por eso mismo! Usted, una profesional del periodismo, una persona inteligente, culta, de amplios conocimientos de política y sus derivados, es la persona más idónea para hacer comprender a sus compatriotas, y a su Gobierno, y a toda Europa, lo que yo pretendo. ¡Y lo conseguiremos! ¿O acaso se niega a colaborar?

Brigitte tragó saliva, y se pasó la lengua por los labios, que notaba secos, como madera. Toda ella le parecía ser de madera.

—Escribiré lo que usted quiera, pero nadie hará caso. Y menos que nadie, lógicamente, Estados Unidos.

—*Eso ya* lo veremos —musitó Redeemer, acalorado, con ojos encendidos—. ¡Ya lo veremos!

—Es imposible. Además, ¿por qué esta saña contra Estados Unidos? Hay otros países también muy ricos y poderosos, Rusia misma y Francia, Canadá, Japón. ¡Hay muchos!

—Señorita Montfort, ¿cuál país le parece a usted que en la actualidad merece el apelativo de coloso del mundo? ¡Conteste!

—Bien…

—¡Estados Unidos! —explotó iracundo Redeemer—. ¡Y usted lo sabe perfectamente! Es el país causante de la mayor parte de los males de este mundo, el causante de guerras, de enfrentamientos, del progresivo armamento del mundo, del florecimiento de toda clase de industrias nocivas, como la bélica, la de las drogas, las modas, las ideas manipuladas… Estados Unidos es el espejo del mundo. ¡Pues bien, yo quiero romper ese espejo! ¿Qué cree que hará Rusia en cuanto desaparezca Estados Unidos como país? ¡Pues dejará de fabricar más cañones, y se dedicará de una maldita vez a

fabricar mantequilla, que falta les hace! ¿Y qué hará el resto del mundo cuando Rusia deje de preocuparse por las armas? ¡Pues harán lo mismo, y así, muy pronto, ya muerto el coloso provocador, el mundo estará dedicado a cosas más humanas que el poder en todos sus aspectos! Ya no tendrán que competir con USA, ni comprar o vender a USA, ni escuchar a USA. ¡Todo habrá terminado, y todo comenzará de nuevo, bajo mejores auspicios! ¡Pero para ello, el coloso debe morir, y morirá, yo se lo garantizo!

Brigitte desvió la mirada de aquel rostro distorsionado por la ira, el entusiasmo, la furia, la alegría. Miró a Ferdinand Chandel, y parpadeó cuando le vio sonriendo tranquilamente, con toda naturalidad, como si Redeemer hubiese estado hablando del enfrentamiento simplísimo de dos personas en una cancha de tenis.

—Está bien —susurró—. Me pondré a escribir después de la cena, Redeemer.

—¡No! ¡Hágalo ahora!

—No lo tome como rebeldía. Es sólo que antes de escribir prefiero reflexionar sobre el asunto, aclarar algunas ideas. Y hasta es posible que pueda aportar yo algunas, o hacer sugerencias.

—Yo creo que ella tiene razón, Redeemer —dijo Chandel.

—Sé que la tiene —admitió el santón, calmándose rápidamente —. Está bien, señorita Montfort, nos pondremos a trabajar después de cenar.

Capítulo IV

Redeemer terminó la lectura del paquete de folios mecanografiados que le había entregado, veinte minutos antes, Brigitte Montfort, y se quedó mirando fijamente a ésta, que apagó el cigarrillo en el cenicero, frunció el ceño, y preguntó, un tanto secamente:

—¿Algo no está bien?

El hombre con aspecto de santón todavía tardó unos segundos en contestar. Cuando lo hizo, su voz parecía tensa, emocionada:

—Ahora comprendo por qué le concedieron a usted el Premio Pulitzer —susurró.

—¿Quiere decir que aprueba mi trabajo?

—Es espléndido… ¡Sensacional! ¿Cómo lo ha conseguido?

—Trabajando. Pensando.

—Lo ha expresado incluso mejor de lo que hubiese expresado yo mis deseos.

—No es un mérito especial. Cada persona tiene una cualidad, Redeemer.

—¿Y la suya es escribir?

—No. La mía es comprender a las personas con las que me relaciono, o a las que tengo algo qué decirles. Lo de escribir más o menos bien, no pasa de ser una técnica al alcance de casi cualquier persona con la cultura suficiente. Pero escribir correctamente no significa la capacidad de expresar lo que uno realmente quiere expresar de modo que los demás lo entiendan y, sobre todo, lo *sientan*.

—Usted lo ha conseguido. Reciba, pues, mi admiración… Y al mismo tiempo, me felicito a mí mismo por haberla elegido. Vamos a cursar este artículo inmediatamente hacia su periódico… Con una nota de su puño y letra, indicando que debe ser publicado inmediatamente.

—No hará falta eso: bastará con dirigirlo personalmente a mi jefe del *Morning News*, Miky Grogan. El entenderá. Además, con casi cincuenta años de periodismo en su haber, no necesitará ninguna indicación mía.

—Quiero que escriba esa nota.

—Está bien.

Brigitte se alejó de la mesita sobre la cual estaba la máquina de escribir, llevando un folio en la mano. Se sentó en un sillón, colocó la cuartilla sobre la mesita de centro, y comenzó a escribir, utilizando su bolígrafo múltiple, con puntas que tenían distintos colores, tan útiles para subrayar frases o hacer anotaciones marginales. Cuando hubo terminado, se levantó, y fue a llevarle la hoja a Redeemer, que terminaba de releer el artículo.

—¿Le parece bien así?

El hombrecillo tomó la hoja, y leyó lo escrito con la elegante y personalísima letra de una de las mejores periodistas del mundo:

> *Querido Miky: te adjunto por vía aérea y máxima urgencia un artículo sobre el «accidente» sufrido, cerca de las costas francesas, por el submarino nuclear soviético. Como siempre, te ruego que le concedas prioridad a cualquier otro trabajo de mis colegas, y que hagas destacar convenientemente mi firma, según lo habitual. Espero poder enviarte pronto más noticias, pero mientras tanto, una vez conseguida la primicia informativa por el* Morning News*, es indispensable que difundas el artículo lo más posible en todo el mundo, utilizando los servicios de nuestra agencia de prensa, y concediendo especial importancia a las ventas en Europa y en Rusia. Hasta pronto, besos de*
>
> Brigitte.

Redeemer asintió con un gesto, pero, de pronto, frunció el ceño.

—Está escrito en francés —dijo.

—Así es.

—¿Por qué en francés? Su jefe y usted son americanos… ¿Acaso se escriben siempre en francés?

—Nunca. Siempre nos escribimos en inglés, naturalmente.

—¿Y por qué en francés, esta vez?

—Ignoro si usted sabe inglés, Redeemer, y he pensado que quizá

habría desconfiado, si yo hubiese escrito en mi idioma. De todos modos, si en francés no le gusta, puedo hacerle la traducción y enviarla en inglés.

—¿Entenderá su jefe la nota?

—El *Morning New*, querido amigo, no es precisamente una escuela de párvulos. Tenemos allí traductores de francés, español, alemán, italiano, ruso, chino, japonés…

—Entiendo, entiendo. Está bien, la nota está aceptada.

—¿La va a enviar desde aquí mismo?

—Claro que no —sonrió Redeemer—. Si hiciese eso, su jefe, y, por lo tanto, muy pronto usted, sabrían por el matasellos, dónde había estado usted, invitada en mi casa. No. Enviaremos la nota desde París. Y el artículo también, por supuesto. Supongamos que sale hacia Estados Unidos mañana en los primeros correos: ¿cuándo estaría listo el artículo para ser publicado en el *Morning News*?

—Bueno… Si sale mañana a primera hora, seguramente llegaría al *Morning* en el segundo reparto de pasado mañana. Eso sería suficiente para que, inmediatamente de recibido el artículo por Miky, éste lo enviase a los talleres, donde alcanzaría a ser insertado en la primera edición del día siguiente… O sea que, si todo va bien, saldrá publicado dentro de unas cincuenta y cuatro horas. Tres horas más tarde, la noticia habrá dado la vuelta al mundo, puede estar seguro.

—Perfecto. Supongo que está verdaderamente cansada, señorita Montfort.

—Un poco. No sé si lo sabe, Redeemer, pero son las dos y cuarto de la madrugada.

—Lo sé. Hora de descansar, ¿no le parece? La acompañaré a uno de los dormitorios.

—Gracias. Mmm… Me pareció oír bastante movimiento hace un par de horas. ¿Ocurrió algo… inquietante?

—En absoluto.

—Bueno… Oí coches, voces, pisadas de muchos hombres…

—Mis jefes de grupo han regresado, eso es todo. Pero también ellos están cansados, y deben encontrarse durmiendo ahora a pierna suelta. No se preocupe por ellos: Ni siquiera los verá, porque emprenderá el regreso a París a Primera hora de la mañana, todavía de noche. ¿Le parece bien a las siete?

—Sí.

Brigitte escribió, en un sobre, la dirección del *Morning News*, subrayando en rojo la indicación de que debía ser entregado con urgencia, en propia mano, a míster Grogan. Redeemer fue quien metió en el sobre el artículo y la nota, lo cerró, y miró, sonriente, a la espía.

—Ha sido un buen trabajo por parte de ambos. Vaak y Chandel irán con usted a París, y Chandel echará el sobre en un buzón cualquiera. Por el bien de todos, sería conveniente que no hubiese ninguna clase de dificultades con este artículo.

—¿Qué quiere decir?

—Que si dentro de cincuenta y cuatro horas no ha sido publicado, será mejor que usted cambie de hotel. No me gusta que nadie se burle de mí.

—Dígame dónde puedo dormir estas horas —replicó fríamente Brigitte.

Un minuto más tarde, estaba sola en un dormitorio…, tan cerca del que ocupaban los hombres de Redeemer, que oía sus fuertes ronquidos, incluso con la puerta cerrada… Se dejó caer en la cama sin apagar la luz, completamente vestida, y quedó con la mirada fija en el techo. Si en la casa había doce o quince hombres, era una estupidez intentar la fuga, máxime teniendo en cuenta que ni siquiera sabía dónde estaba. ¿Y llamar por la radio a la CIA, a los Simones residentes en aquel país, fuese cual fuese? Incluso aunque estuviesen en Rusia, habría agentes de la CIA que contestarían a su llamada…

La idea no era del todo mala, aparentemente. Saltó de la cama, fue adonde habían dejado su maletín, lo abrió…, y de pronto, comenzó a mirar a su alrededor, lentamente, entornados los párpados. ¿No había micrófonos allí? Apretó los labios un instante, y comenzó una búsqueda en primera instancia, un tanto superficial, aunque metódica y hábil…

En menos de cinco minutos, había encontrado ya dos micrófonos. Dos minutos más tarde, encontró otro, en el cuarto de baño. Una dura mueca apareció en la preciosa boquita de sonrosados labios. Okay, aquella gente podía controlar a la señorita Montfort, pero eran simple escoria para la agente Baby. Volvió adonde estaba abierto el maletín, y sacó una botellita que contenía

grageas analgésicas… Cualquiera se habría sorprendido realmente al verla elegir tan cuidadosamente una de ellas…, Pero aún se habría sorprendido más al ver que no la ingería, sino que, utilizando un pedacito de esparadrapo color carne, la dejaba pegada a la pared, detrás de una placa eléctrica que formaba parte de la calefacción.

Otro minuto más tarde, finalmente, la señorita Montfort dormía profundamente.

Sin ninguna preocupación, porque estaba segura de que no la estaban engañando, y que al día siguiente, estaría de nuevo en París. Era lógico, porque sólo dos días más tarde, ella sería la atención máxima de la prensa mundial…, y Redeemer no era tan tonto como para privar a ésta de la interesantísima información que podía proporcionar la señorita Monfort.

No.

No tenía preocupación alguna: sabía que, dentro de diez horas aproximadamente, estaría de nuevo en París.

—¡Hey! ¡Señorita Montfort!

Brigitte Montfort, que estaba cruzando el vestíbulo del Hilton hacia la conserjería, se volvió, y alzó las cejas con un gesto de forzada cortesía al ver acercarse rápidamente a Bernier, que llegó ante ella en pocos segundos, excitadísimo.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Me tenía usted preocupado!

—¿Preocupado? ¿Por qué? —se sorprendió la divina.

—Caracoles, la estuve llamando anoche hasta no sé qué hora, y me dijeron que no había aparecido por el hotel, desde poco antes de la hora del almuerzo… Bien, he estado llamando sin parar desde las siete de la mañana, y finalmente, he temido que le hubiera sucedido algo ayer. Así que…

—Ha sido usted muy amable, Bernier, pero se ha molestado en vano: ya ve que estoy perfectamente.

—Sí… Lo veo. Vaya: ¿dónde ha pasado la noche?

Brigitte se limitó a parpadear, como divertida, y Bernier enrojeció.

—Ha sido una pregunta estúpida e indiscreta —masculló—. No es costumbre francesa, ni mía particularmente, hacer esas preguntas. ¿Podemos almorzar juntos hoy?

—Le advierto que no pienso facilitarle ninguna información

sobre mi trabajo, Bernier… —sonrió encantadoramente Brigitte.

—¡Oh, no me importa eso! —rió el francés—. ¡Será suficiente el placer de su compañía!

—En ese caso, acepto… ¿Adónde piensa llevarme?

—Pues no sé… A cualquier sitio digno de usted. Ya veremos.

—No, no. Quiero saberlo ahora.

—Bueno —Bernier se rascó la coronilla—. ¿Qué le parece a usted Le Petit Oisseau? Es un restaurante abierto hace poco en Saint Germain, con un cierto ambiente antiguo, de severa elegancia y magnífico servicio. Cocina francesa, por supuesto.

—Espléndido. Tendrá que esperar un poco, pues debo escribir un par de notas, hacer unas llamadas… En fin, toda una serie de pequeñas cosas, que me llevarán no menos de una hora. Lo siento, amigo Bernier.

—Llámeme Henri —sonrió éste—. Esperaré el tiempo que sea necesario.

—Muy amable. Hasta luego, Henri.

Fue a conserjería, pidió su llave, y poco después, entraba en su *suite*. Un minucioso registro de no menos de veinte minutos la convenció de que allí no había micrófonos, ni nadie había revuelto sus cosas. Lo seguro era que en París la iban a estar vigilando. Seguramente, no se encargarían de ello ni Chandel ni Vaak, pero sabía positivamente que la tendrían controlada… Es decir, *creerían* tener controlada a la señorita Montfort.

Las cosas sin importancia que hizo Brigitte en su *suite* fueron: ducharse, cambiarse de ropa, y colocarse la pistolita de cachas de madreperla en la cara interna del muslo izquierdo, sujetándola allí, como siempre, por medio de un trozo de esparadrapo color carne. Un arma insuficiente para hacer frente a una docena de hombres armados hasta los dientes, pero muy eficaz para resolver pequeños apuros…

Las cosas importantes que hizo Brigitte quizá habrían puesto los pelos de punta a Redeemer: en el pequeño magnetófono a pilas, grabó todas las palabras que había oído en aquel idioma desconocido, describió a Redeemer, Chandel, Karno, Vaak y De Munk, así como lo que había podido ver de la casa donde había estado, la avioneta, el coche «Mercedes», las circunstancias de un aeropuerto o aeródromo metido prácticamente en una ciudad, que

luego había atravesado, para seguir en el coche unos cuantos kilómetros más. Pero, en ningún momento mencionó los planes de Redeemer sobre la deseada «muerte del coloso USA».

La grabación terminó así:

—Además, dejé un pequeño emisor de señales en la casa, junto a una placa de calor eléctrica, así que espero que funcione como si la tuviese en el estómago, de modo que, a cierta distancia, sus señales podrán ser captadas. Quiero toda la información posible al respecto. Y la quiero *ya*. Pero quiero solamente información, no acción.

Terminado esto, la señorita Montfort recurrió a su radio de bolsillo.

—¿Sí?

—Buenos días, Simón.

—Buenos días. ¿Por qué no nos ha llamado? Estábamos preocupados…

—Estoy bien. ¿Conoce el restaurante Le Petit Oisseau?

—Emmm… Sí. Si, si… Está en Saint Germain, ¿no?

—Ese es. Voy a almorzar allí. Dejaré en los servicios un paquetito para *monsieur* Simón. Pídaselo a la empleada, cuando yo me haya marchado.

—¿Y cómo sabré que usted se habrá marchado, si no la conozco?

—Me conocerá. ¿Conoce el restaurante chino El Mandarín?

—Oh, ése sí, naturalmente.

—Cenaré allí, alrededor de las siete y media… Espero tener allí, esperándome, la respuesta a mi paquetito. Déjela a nombre de *mademoiselle* Lafrance.

—*Okay*. ¿Todo va bien?

—Dentro de poco, irá mejor. ¿Qué sabemos de los rusos?

—Ah, creí que lo había olvidado. Hemos hecho contacto con un viejo conocido, que juega a los espías bajo tres banderas. Un polaco que…

—Eso no quiero saberlo. ¿Resultados?

—Los rusos, en efecto, han perdido un submarino nuclear, en el lugar que se menciona. Habían más de cien hombres y seis proyectiles aire-aire. Con perdón, debo decirle que los rusos están de muy mala leche, muy activos, y dispuestos a demostrar que no ha sido un accidente. Están locos, claro… ¿Baby? ¿Me está oyendo?

—Sí… Sí, le oigo perfectamente. Manténganse al margen de

todo esto.

—¿Al margen? ¡Pero todos los servicios secretos están trabajando activamente, y nosotros no podemos…!

—He dicho que se mantengan al margen.

—Sí… Está bien. ¿Algo más?

—No. Adiós, Simón. Gracias por su ayuda.

Unos minutos más tarde, elegantísima y bellísima, la señorita Montfort abandonaba su *suite*. Le quedaban unas horas de cierta tranquilidad, hasta que Simón-París le facilítase una respuesta, a las siete y media, en el restaurante chino El Mandarín.

—¡Me parece que no le gusta mucho el *Chow Mien*, Henri! —rió Brigitte.

—Bueno —sonrió simpáticamente Bernier—. No es que no me guste: prefiero la cocina francesa, eso es todo.

—Espero que cambie de opinión cuando pruebe los langostinos en salsa china. Aunque… todavía está a tiempo de cambiar ese pedido, por arroz frito cantonés. Es más… asequible a cualquier paladar.

—No, no… Usted ha pedido para los dos, y no voy a hacerle ese desprecio: comeré langostinos con salsa china. A propósito: ¿qué clase de salsa china es ésa?

—¿De verdad nunca ha comido en un restaurante chino?

—Confieso que nunca había sentido ese deseo.

—Bien… La salsa china está hecha a base de una especie de… mezcla de sabores.

—¿Qué mezcla?

—Veamos… Se machaca todo junto, y muy finamente, unos sesos de ratón, ojos de rana, leche de gallina, lengua de víbora, menudillos de escarabajo…

Bernier, que había palidecido, comprendió de pronto, y lanzó una carcajada.

—¡Me está gastando una broma! —exclamó.

—Naturalmente que sí, hombre de Dios. Le gustará la salsa china, se lo garantizo. ¿Me perdona un par de minutos? Olvidé algo en el abrigo.

—Como no… —se puso en pie Bernier.

La señorita Montfort se alejó de la mesa, desapareció de la vista

de Henri Bernier, y, segundos después, aparecía ante la encargada del guardarropa, que la miró con gesto sonriente y admirativo.

—Soy Monique —sonrió la espía—. Monique Lafrance. Creo que han dejado un paquete para mí.

—Oh, sí. Un caballero, precisamente hace unos instantes. ¿Lo recoge ahora, o con el abrigo, *mademoiselle*?

—Ahora, por favor.

La empleada le tendió un paquete poco más grande que uno de cigarrillos. Brigitte dio las gracias, pareció dispuesta a volver al comedor, y, de pronto, con el gesto de quien aprovecha bien el tiempo, se metió en los servicios. No había nadie allí, pero la espía recurrió, una vez más, a una de las cabinas privadas. Se encerró dentro, deshizo el paquete, y asintió al ver el pequeño magnetófono. Sacó de un bolsillo el diminuto auricular, se lo puso en una orejita, conectó el otro extremo en el aparato, y puso éste en marcha.

> *—No hemos podido identificar ni localizar a ninguno de los hombres que nos describió. Nadie los conoce, por el momento. El nombre de Redeemer es totalmente desconocido en nuestro ambiente, así como su descripción personal, sobre la cual hemos indagado de modo especial. Tampoco ha sido posible localizar el coche «Mercedes», por el momento, ni la avioneta. Sin embargo, creemos que estuvo usted en Dinamarca, concretamente, en Copenhague, o muy cerca. Hemos llegado a esta conclusión, por los siguientes detalles: la distancia recorrida por usted, juzgándola por el tiempo invertido, puede perfectamente ser la que media entre París y Copenhague, la temperatura que mencionó, encaja asimismo con la que hubo anoche en la capital danesa; el aeropuerto de Copenhague, Kastrup, está muy cerca de la ciudad, cuyos suburbios prácticamente llegan al aeropuerto, uniéndose a la ciudad de Amager. La distancia recorrida por la ciudad, puede ser la necesaria para cruzarla, creemos que hacia el interior. Pero, naturalmente, hay más, aparte de palabras de saludo, preguntas de si había alguna novedad, y otras palabras que, evidentemente, usted no entendió bien o no recordó adecuadamente, de modo que en nuestro centro de traducciones*

de París no han podido identificarlas. Vamos ahora a las que sí han sido identificadas, y que son: Langebro, Orsteds, gasolina, puente y Vekso. Langebro, es el nombre de uno de los puentes que cruza sobre uno de los canales para entrar en Copenhague, procedentes del aeropuerto de Kastrup; Orsteds es el nombre de un parque que hay en el centro de Copenhague; después de salir de ésta, y ya dejada atrás la localidad de Ballerup, hay un puente sobre un canal, junto al cual hay una gasolinera; finalmente, un poco más allá de ese puente está la localidad de Vekso. En estos momentos, nuestros compañeros de Copenhague están ya trabajando cerca de Vekso, con varios receptores de señales para emisores enanos de onda internacional, y seguramente conseguirán la pista, si la placa de calor junto a la cual está su emisor no ha sido apagada. Mientras tanto, le transcribo exactamente las palabras o frases cortas que usted oyó en danés, y que consiguió retener en la memoria con fidelidad: «más frío que»… «todos fuera de la»… «la violaría de buena»… «noche»… «hambre»… «en dólares»… «cama con ella para»… «llegado ya»… «nada interesante»… Eso es todo. Quedo esperando sus instrucciones.

En efecto, eso era todo.

Brigitte rehízo el paquetito, y se quedó mirándolo. Por fin, decidió conservarlo encima, se subió la falda, separó un poco el elástico de las braguitas, y dejó caer dentro el paquete; sonriendo, salió de la cabina, se lavó las manos, se sonrió a sí misma por medio del espejo, y regresó al comedor a reunirse con Henri Bernier…, que tenía todo el aspecto del hombre que se las promete muy felices.

Bernier cerró la puerta de su apartamiento, y miró, sonriente, a su invitada.

—No es precisamente el Hilton —admitió—, pero yo creo que es un lugar confortable.

—Y muy agradable —sonrió Brigitte.

—La salita aún está mejor… Casualmente, tengo una botella de champaña en el refrigerador. ¿Te viene de gusto?

—¡Naturalmente que sí! Ha sido un día delicioso, hemos almorzado y cenado magníficamente, el sitio es encantador, tú eres simpático… Supongo que tienes buena música.

—Depende de lo que tú entiendas por buena música —rió el francés, que estaba maravillado de su suerte.

—Pues… ¡Oh, bueno, qué tonterías! ¡Estoy segura de que pondrás la música adecuada!

—Por supuesto que sí —susurró Bernier, rodeando la cintura de Brigitte con sus brazos y acercándola.

Ella sonrió dulcemente, cerró los ojos, y adelantó la boquita, Henry Bernier sintió un zumbido en los oídos, al tiempo que le parecía que la sangre se le convertía en lava hirviente. Llegó con sus labios a los de Brigitte, y de pronto, ésta se apartó, riendo.

—Tengo una sed terrible —exclamó—. ¡Todo ese tiempo en ese cabaretucho lleno de humo…!

—Me pareció que te gustaría —se oyó a sí mismo Bernier, como si la voz llegase de muy lejos.

—La verdad es que no demasiado. Comprenderás que, para mí, no es ningún espectáculo ver chicas desnudas. En cuanto a los… numeritos sexuales que nos han «ofrecido», son una asquerosa pornografía.

—¿No te gusta la pornografía?

—Ni una pizca.

—¿Y el sexo?

—¿Cuál sexo? —le miró, sorprendida, Brigitte.

—Bueno… Digamos la… relación sexual entre un hombre y una mujer.

—¡Qué tontería! ¡Claro que eso me gusta…! ¡Oh, Henri, pareces tonto! Lo que no me gusta son las… aberraciones hechas en público, y cosas así. Por lo demás…, ¡me encanta el sexo! ¿Y a ti?

—Vaya una pregunta —jadeó Bernier—. ¡Vamos a…!

—Lo que no me gusta, son las prisas, las precipitaciones. ¿Te está esperando alguien en alguna parte?

—Ciertamente que no.

—En ese caso, quizá podamos… tomar sosegadamente unas copas de champaña, escuchar música… ¿Sabes que casi tengo calor…? ¿Dónde está el dormitorio?

Henri Bernier señaló fuera del saloncito y hacia la derecha, y Brigitte, tras sonreírle, comenzó a alejarse, volviendo la cabeza.

—Espero que prepares el champaña y pongas música, Henri… Vuelvo en seguida.

Henri Bernier se quedó inmóvil cuando Brigitte salió del saloncito. Todo el cuerpo le latía sordamente, como si fuese un enorme bombo con silenciador. Se pasó las manos por la cara, reaccionó vivamente, y puso una musiquilla romántica en el tocadiscos. Fue a la cocina, sacó la botella de champaña del frigorífico, se proveyó de copas, y regresó al saloncito. Encendió la luz de la lámpara de pie del rincón, y apagó la del techo.

Perfecto…

Descorchó la botella de champaña, y sirvió en las dos copas…

—¿Está fresco?

Bernier se volvió, respingado sobresaltado, pues no había oído llegar a Brigitte. Cuando la vio ante él, se atragantó con un nuevo respingo fortísimo, y de nuevo sintió un zumbido terrible en los oídos… Brigitte estaba ante él, completamente desnuda.

—Te he preguntado si el champaña…

—Sí, sí… Sí, está fresco, sí…

Le tendió una copa, y la estuvo mirando como alucinado, mientras ella bebía un sorbito. La cabeza comenzaba a darle vueltas. Como buen solterón parisino, Henri Bernier, ciertamente, había tenido numerosas invitadas en su apartamiento, pero ni por asomo ninguna de ellas se aproximaba, en una milésima parte de belleza, a Brigitte Montfort, que parecía… una maravillosa joya, hecha de carne color oro…

—Está muy agradable —dijo alegremente Brigitte—. ¿Tú no bebes?

—Sí, Sí…

Ella le tomó de una mano, y lo llevó hacia el sofá, lo sentó, y se sentó en sus rodillas. Cuando Bernier se llevó la copa a la boca, el cristal comenzó a sonar contra los dientes.

—¿Te encuentras bien, Henri? —le miró ella, entre inquieta y sorprendida.

—Por supuesto que sí… Naturalmente.

Se bebió de un trago todo el contenido de la copa, la dejó a un lado, y puso la mano sobre un seno de Brigitte, elástico, vibrante, suave y fino como seda soñada…

—¡Qué fría tienes la mano! —respingó la divina.

—Debe… debe ser por haber tocado la copa, con el champaña frío dentro…

Bernier quitó la copa de la manita de Brigitte, la dejó junto a la suya, y rodeó la fina cintura, que parecía de acero y de seda. Sí, la cabeza le estaba dando vueltas. Ella se aproximó, de modo que Bernier se encontró con el rostro prácticamente pegado al pecho femenino. Sin poder contenerse, comenzó a besarlo…, mientras la cabeza de Brigitte, por encima de su hombro, quedaba fuera de su campo visual…, que de todos modos no era mucho, aunque sí bellísimo…

Sabiendo perfectamente que Bernier no se daba cuenta de nada, Brigitte deslizó sus deditos entre el cabello, y retiró de allí la pequeña cápsula de cristal y la delgada compresa blanca; se colocó ésta ante la boca y nariz, y, con dos dedos de la otra mano, reventó la ampolla de cristal.

Al instante, Henri Bernier se relajó, y quedó inmóvil. Habría rodado por el suelo si Brigitte no hubiese calculado la posición para que ambos permaneciesen como estaban…

Cuando, quince segundos más tarde, se apartó, poniéndose en pie, empujó suavemente a Bernier que cayó de lado en el sofá, profundamente dormido…, nada menos que por cuarenta y ocho horas.

Lo primero que hizo Brigitte fue apagar la luz de la lámpara de pie, de modo que el saloncito quedó a oscuras… Sólo unos segundos, hasta que se fue notando el resplandor que llegaba desde la calle por las dos ventanas. Se acercó a una de ellas, y miró hacia la calle. Sí, señor, allá estaba el coche que había estado tras ella durante todo el día, sin que el pobre Bernier se diese cuenta de ello.

Fue al dormitorio, encendió de nuevo la luz, y sacó la radio del maletín.

—¿Simón?

—Dígame.

—Estoy en el 119 de Rue De Varenne, en un apartamento, con un hombre que se ha dormido. En cambio, hay dos bien despiertos en la calle, que me han estado siguiendo todo el día.

—Entiendo. ¿Los quitamos de en medio?

—No, no. Yo voy a salir de aquí, sin que ellos me vean, de modo que se quedarán esperando, posiblemente durante dos días. Usted y yo vamos a encontrarnos dentro de… pongamos una hora, en la Place Vendóme; pase a recogerme allí con un coche. Mientras tanto,

ordene que dos compañeros se dediquen a vigilar a los del coche mencionado: un «Renault-10», de color oscuro…, azul. No he podido ver bien la matrícula, pero es de París. Deben tener controlados, en todo momento, a esos hombres, pero sólo deberán capturarlos por dos motivos: uno, si cualquiera de esos hombres entrase en el 119 de Rue de Varenne; otro, si, pasadas cuarenta y ocho horas, no han tenido noticias nuestras, en cuyo caso deberían pedírselas a ellos, que deben saber dónde está exactamente la casa cerca de Copenhague. ¿Todo entendido?

—Por supuesto… ¡Así da gusto trabajar!

—Gracias. Dentro de una hora, en la Place Vendóme.

Cerró la radio, regresó al saloncito, y se dedicó meticulosamente a recoger los restos de la ampolla de cristal que había contenido el gas narcótico, utilizando, para localizarlos, su pequeña linterna-bolígrafo. Regresó al dormitorio, echó los cristalitos al inodoro, procedió a vestirse, y luego se dedicó a fumar tranquilamente un cigarrillo. Finalmente, apagó también la luz del dormitorio, sonriendo al pensar en lo que pensarían los dos hombres del «Renault» si estaban mirando la ventana, que también daba a la calle: lógicamente, pensarían que Bernier y ella se habían acostado, y…

Segundos después, la agente Baby se descolgaba al patio interior de la casa, desde la ventana de la cocina…, por supuesto, llevándose el maletín rojo con florecillas azules.

Cincuenta minutos más tarde, era recogida por Simón-París, en la Place Vendóme.

Capítulo V

Eran poco más de las cuatro de la madrugada cuando la avioneta tomaba tierra en el aeropuerto danés de Kastrup, a diez kilómetros de Copenhague. Lloviznaba, y hacía un frío tremendo, a juicio de la rubia muchacha que, apenas saltar a tierra, se apresuró a correr hacia el coche que esperaba cerca, con un hombre al volante y otro que se apresuró a apearse para abrir la portezuela derecha de atrás, regresando a su sitio cuando Baby y Simón-París hubieron entrado en el vehículo.

Se volvió en el asiento, sonriente, y señaló primero al hombre que estaba al volante y luego a sí mismo.

—Simón II, Simón I. Hola, París; hola, Baby… Tenemos localizada la casa.

—Buen trabajo. Vamos a echarle un vistazo.

—*Okay*.

La rubia cerró los ojos, apenas el coche se puso en marcha, y su fino oído entró en funciones. Muy pronto notó la gran diferencia entre el tránsito rodado de las seis de la tarde y el de aquella hora de la madrugada, prácticamente nulo, pero las sensaciones de su alrededor, en tono menor, eran las mismas. También el tiempo invertido en recorrer el camino fue casi igual; algo menor, precisamente, debido a la menor densidad de circulación.

—Estamos delante de la casa en cuestión, a unos setenta metros —oyó la voz de Simón I.

Abrió los ojos, entonces. De momento, no vio nada. Luego, algunas luces esparcidas en la oscuridad, que parecían abrirse en forma de estrellas, debido a la fina lluvia. Una de aquellas luces correspondía a una casa que señalaba Simón I, paro apenas se distinguía.

—¿Están seguros de que es ésa?

—Debe serlo —murmuró el espía.

—¿De cuántos hombres disponemos?

—Tengo a nueve rodeando la casa, cerca de nosotros.

—¿Solamente nueve?

Simón I sonrió secamente.

—Si quiere podemos tomar esa casa en dos minutos. Dudo mucho que quienes estén ahí dentro se hallen capacitados para enfrentarse a un grupo como el nuestro. Además, podemos aprovecharnos del factor sorpresa.

Baby se quedó mirando hacia aquella forma oscura, que la estrella de luz hacia destacar apenas. ¿Y si se equivocaban? El daño sería doble, en este caso: no sólo podían causar perjuicios a personas inocentes, sino que si la casa de Redeemer estaba cerca, y percibían algo raro, todo se complicaría.

—Esperaremos —dijo.

Se colocó bien en el asiento, y quedó dormida.

Con la primera luz del día, ya no lluvioso, pero sí nublado, gris, sombrío, la rubia enfocó hacia aquella casa los pequeños gemelos de teatro, que había sacado del maletín. Se fijó en la puerta, en el garaje situado a la izquierda, en las dos ventanas de la casa de este mismo lado…

—Esa es —murmuró—. Compruebe de nuevo la señal.

Simón I puso en funcionamiento el receptor de señales de onda internacional establecida por la CIA para sus pequeños emisores personales, que funcionaban con el calor del estómago del agente que los hubiese ingerido. En este caso, el calor lo estaba proporcionando una estufa eléctrica, una placa con resistencia. La señal fue captada perfectamente, fuerte, indudable… Los hombres de la CIA miraban a la rubia, que permanecía con la mirada fija en la casa.

—Está bien —dijo ella, de pronto—. ¿Cuántos hombres tenemos que hablen el ruso?

—Mmm… Tres. Incluido yo mismo —dijo Simón I.

—En ese caso, será usted quien deberá estar atento a mi llamada.

Los tres agentes de la CIA se quedaron desconcertados, sin comprender. Tampoco comprendieron cuando la rubia comenzó a desnudarse, hasta quedar solamente en sujetadores y pantaloncitos. Luego, del maletín sacó un vestido negro, qué se puso; acto seguido,

se quitó la peluca rubia, y se puso una de cabellos blancos… Ni siquiera se oían las respiraciones de los tres hombres. La anciana se quitó también las lentillas de contacto de color verde, se puso el abrigo tras darle la vuelta, y finalmente, colocó un forro de raso negro al maletín rojo con florecillas azules, y deslizó en un bolsillo del abrigo la pistolita que había retirado de su muslo izquierdo.

—Atentos a la llamada —dijo.

—Pe-pero… ¿qué piensa usted hacer? —exclamó, por fin, Simón-París.

—Evitar muertes, y complicaciones con las autoridades danesas.

—¡No estará pensando en ir sola a esa casa!

—Eso es exactamente lo que voy a hacer.

—¡Pero…!

La anciana salió del coche, se alejó hasta desaparecer, en dirección opuesta a la casa…, y minutos después reaparecía por otro sitio, acercándose…

—La van a hacer pedazos —jadeó Simón II, lívido—. ¡No podemos permitir que ella sola…!

—Tranquilo —gruñó Simón-París, pese a que también estaba lívido—: ella es quien manda en estos momentos, en toda Europa…, Y nadie va a discutirle que siempre ha sabido lo que hacía.

Lo que hacía en aquel momento la anciana era llamar a la puerta de la casa, tras contemplar con socarrona sonrisa el adorno en el que casi cuarenta horas antes había tropezado su mano, y que había identificado, no por verlo, sino deslizando la mano sobre él.

La puerta se abrió, y en el umbral apareció Ferdinand Chandel, que miró amablemente a la anciana de blancos cabellos y porte simpático.

—Buenos días —comenzó la anciana, en ruso—. Mi nombre…

—Alto, alto —exclamó Chandel, en francés—. No la entiendo, *madame*.

—Buenos días —repitió *madame*, en francés—. Mi nombre es Olga Petrovna, soy agente de la MVD soviética, y quisiera hablar con su jefe. ¿Puedo pasar?

Chandel había quedado pálido como un muerto, abierta la boca en un gesto de pasmo y espanto. La anciana le apartó con un gesto delicado, y entró en la casa. Olía a café En el vestíbulo estaba Karno, con un cigarrillo en los labios y un vaso con café en una

mano.

—¿Qué pasa? —preguntó, en francés.

Chandel cerró la puerta, consiguió reaccionar, y farfulló:

—Ve a avisar a Redeemer: ella es del espionaje ruso.

El vaso casi escapó de la mano de Karno, y el cigarrillo quedó colgando sólo del labio inferior, adherido a éste. De pronto, dio media vuelta, y se precipitó hacia el interior de la casa. La anciana se volvió a mirar a Chandel, y sonrió encantadoramente.

—¿Será tan amable de invitarme a café, *monsieur*?

—Sí… Sí, sí.

Señaló hacia el salón, y entraron los dos. No había nadie allí. Es decir…

Cu-cú, cu-cú, cu-cú, cu-cú, cu-cu, cu-cú…, cantó un gracioso pajarillo mecánico, que apareció de la parte alta del reloj. La anciana lo miró, con expresión divertidísima, y luego fue a sentarse en el sofá.

—Puede ir por el café —dijo—, le aseguro que no pienso robar nada…

Se oían ya pasos precipitados, acercándose. El primero en entrar fue Redeemer, que se había vestido muy cómodo y rápidamente con su túnica blanca, y que miró con expresión desorbitada a la anciana. Detrás de él aparecieron Karno y De Munk Vaak debía estar en París, con la avioneta, claro.

—¿Quién es usted? —casi gritó, con voz aguda, Redeemer.

—Olga Petrovna, de la MVD soviética, *monsieur*. ¿Habla usted ruso?

—No… No.

—Bueno, pero como observo que habla francés, podremos entendernos en este idioma. Le traigo un ultimátum de la MVD, *monsieur*… ¿Cuál es su nombre?

—Lund… Erik Lund.

—Pues bien, *monsieur* Lund, el ultimátum de mi servicio es el siguiente: usted y todos sus hombres irán saliendo de la casa cuanto antes, desarmados, con las manos sobre la cabeza, y caminando de espaldas. Si hacen esto, conservarán la vida, y todos nos evitaremos muchas complicaciones. Me atrevo a informarle de que hay diecinueve rusos, exactamente, rodeando la casa con armas mejores que las que usted haya podido reunir. Y, naturalmente, son hombres

mejor adiestrados que los suyos, *monsieur*.

—Pero… ¿qué quieren? ¿Qué significa esto?

—Se trata, solamente, de establecer un contacto amistoso con usted, *monsieur* Lund.

—¿Por qué motivo? ¿Cómo han sabido de mí?

—Digamos que nuestro servicio no descansa nunca. De modo que sabemos que está usted reclutando hombres. Nuestros canales de información no han podido facilitarnos ninguna, sobre usted, de modo que estamos… desconcertados. Nos gustaría saber qué está usted tramando, y, especialmente, para quién trabaja.

—No trabajo para nadie. En cuanto a lo que yo esté tramando, no es cuenta suya.

La anciana miró amablemente siempre a Redeemer, que estaba casi patético, con su túnica, revueltos los largos cabellos, un poco hinchadas las bolsas de los ojos. ¡Era tan pequeño y tan frágil…! ¡Y tan peligroso!

—Temo, *monsieur*, que usted no esté entendiendo cuál es su verdadera situación: si no me obedece, seguramente morirán todos los ocupantes de esta casa. Le diré por qué: nosotros hemos tenido noticias de que alguien de su grupo tuvo contactos con ciudadanos soviéticos, y queremos saber…

—¡Matadla! —chilló Redeemer, dando media vuelta y echando a correr hacia la puerta del salón.

La sorpresa fue incluso mayor para Chandel, Karno y De Munk que para la anciana. Ella fue la primera en reaccionar, empuñando su pistolita, que apuntó hacia los tres petrificados sujetos, con ademán firme.

—¡Quietos! Si alguno se mueve, tiraré a matar —amenazó, poniéndose en pie con sorprendente agilidad, y sacando algo del otro bolsillo del abrigo—. ¿Camarada?

—Te escucho, camarada, adelante —sonó la voz de Simón I en ruso.

—Todos preparados para…

Karno soltó un gruñido, saltó hacia un lado, y sacó velozmente su pistola, del bolsillo del pantalón, orientándola inmediatamente hacia la anciana.

Plof, disparó ésta su pistolita.

La bala acertó a Karno en el centro de la frente, y lo tiró de

espaldas como fulminado, bizqueando los ojos…, mientras De Munk, viendo tan cerca a la anciana, le pareció incluso más fácil controlarla con los brazos que disparar contra ella; más fácil y más rápido que sacar la pistola. Así que saltó hacia ella, extendió ambos brazos, los cerró…, y se encontró abrazando el vacío, mientras recibía un tremendo rodillazo en los genitales que lo dejó paralizado, transido de dolor, demudado el rostro, desorbitados los ojos… Todavía estaba así De Munk cuando Chandel ya había sacado su pistola.

Plof, disparó de nuevo la anciana.

La bala acertó a Chandel en el hombro derecho, lo hizo girar, caer de rodillas, y acto seguido de bruces, perdiendo la pistola, que saltó hacia la puerta del salón. La anciana se volvió de nuevo hacia De Munk, al oír su jadeo…, y respingó cuando, prácticamente, se lo encontró encima, todavía demudado el rostro, desorbitados los ojos, pero mostrando en éstos un odio feroz, un deseo de muerte escalofriante.

Baby se apartó un poco, pasó el brazo izquierdo por la cintura de De Munk, tocó apenas con su cadera izquierda el vientre del gigantesco danés, y giró, acompañando con el brazo izquierdo la potencia de la marcha del hombre…, que siguió adelante un paso, giró, y cayó de espaldas y cabeza ante la espía, víctima del sencillo pero expertísimo *uki goshi* de judo. Y todavía estaba De Munk viendo las estrellas en el techo cuando el pie derecho de la anciana le golpeó en la sien derecha. De Munk emitió un ronquido, giró de nuevo, y quedó inmóvil, boca abajo.

En el suelo, Chandel gateaba hacia donde había caído antes la pistola de De Munk, más cerca de él que la suya. La asió, lanzó un grito de triunfo, alzó el arma y la triunfante mirada…, y la pistolita de cachas de madreperla le golpeó en la frente, reventándole la piel y llevándose una tira de cuero cabelludo. El dolor fue tan intenso que Chandel olvidó la pistola, se llevó las manos a la frente, y cayó de lado, desvanecido.

Jadeando, la anciana saltó hacia donde había caído su radio de bolsillo, de la cual brotaba la voz de Simón-París y la de Simón I, mezclándose, el primero llamándola a ella, el segundo dando órdenes de ataque…

—¡Simón! —aulló Baby—. ¡Esperen, no hagan nada todavía!

¡Creo que no es necesario!

—¡Pero…!

—¡Esperen un momento!

En realidad, instintivamente, lo había comprendido ya: no había nadie más en la casa. ¿O se estaba equivocando, y, simplemente, la no intervención de la docena de hombres tan bien armados se debía a que eran… lentos de acción?

Pero, por lentos que fuesen, debían producir ruido, al menos. Y no se oía nada. Nada. Lo cual era imposible que consiguiesen doce hombres sobresaltados y alarmados, dispuestos a entrar en acción. La anciana se acercó a la puerta del salón, y se asomó cautamente. Nadie. Salió hacia el pasillo, y en pocos segundos llegó ante la puerta del dormitorio de los jefes de grupo de Redeemer, que estaba cerrada. La empujó, colocándose a un lado, pero nada sucedió. Un instante después, con rápido vistazo, comprobaba que la habitación, en efecto, estaba vacía: los pájaros habían volado… Baby se estremeció. ¿Hacia dónde habían volado…, y con qué intenciones?

Más allá, la puerta de la Sala de Proyectos, también cerrada. La espía alzó la radio hasta su boca.

—Simón —susurró—, permanezcan donde están. Los jefes de grupo se fueron antes de que ustedes localizasen la casa… Tengo controlada la situación, todo lo que han de hacer es vigilar que Redeemer no escape. Creo que hay una puerta que comunica con el garaje, directamente desde la casa, así que quizá intente escapar con un coche. Pero me parece que está en la Sala de Proyectos. Voy a ver si…

—Baby, no seas loca —sonó tensa la voz de Simón-París—, ya ha hecho suficiente usted sola. Y si no hay peligro en la casa, con más motivo vamos a entrar nosotros. Ya nos ha evitado el peligro mayor, ¿no es así? Pues ahora…

¡CRAAASSSHHH…! sonó el fortísimo crujido de madera, dentro y fuera de la casa. Brigitte oyó el respingo de Simón, al mismo tiempo que respingaba ella, sobresaltadísima. La casa se había estremecido, y todavía resonaba el tremendo crujido cuando le llegó la voz de Simón, gritando a voz en cuello:

—¡Baby, sale un coche que ha arrancado la puerta del garaje…! La espía dio la vuelta, y corrió hacia la salida de la casa. Llegó ante la puerta en tres segundos, la abrió, y salió al exterior. Frente a la

casa aparecían ahora varios hombres armados, y un par de coches…, mientras que otro coche, sorprendentemente pequeño, blanco, muy bajo, todavía lanzando astillas de la puerta del garaje a su alrededor, se alejaba de la casa, hacia la avenida, a una velocidad en verdad sorprendente.

—¡Que no escape! —gritó Baby.

Varios agentes de la CIA apuntaron inmediatamente hacia el extraño coche…, al que, de pronto, le nacieron dos alas. La anciana lanzó una exclamación, quedando tan boquiabierta como los Simones, que no acertaron a disparar. Ante sus ojos, en un instante, el pequeño coche se convirtió en un diminuto avión, que se elevó, despegándose del tren de rodaje… Mientras las cuatro ruedas seguían su marcha, unidas por las ballestas y demás, el cuerpo del coche convertido en avión se elevó, dejando tras él dos rectos y delgados chorros de blanco humo, que parecían sólidos.

El pasmo fue total entre la docena de agentes de la CIA. Boquiabiertos, contemplaron cómo, en cuestión de segundos, el aparato desaparecía, confundiéndose muy pronto con el sombrío tono de las nubes, diluyéndose en la naciente claridad del día. Con la cabeza alzada y la boca abierta, la anciana estuvo todavía unos segundos mirando hacia el encapotado cielo… De pronto bajó la cabeza, sus ojos se abrieron mucho, y echó a correr, alejándose de la casa y gritando:

—¡Aléjense! ¡Aléjense todos, pronto!

Tras otro instante de desconcierto, los agentes de la CIA se apresuraron a obedecer una orden que no comprendían, pero que provenía de la agente Baby. Esta, con aspecto de anciana, habría causado la mayor sorpresa de su vida a quien la hubiese visto lanzada a aquella velocísima carrera…

Hay que admitir que tuvo suerte. Pero, también, que quince años de espionaje son demasiados para cometer tonterías de envergadura. Se pueden cometer pequeños fallos, pero, en lo fundamental, el espía bien entrenado y que ha tenido la vida pendiente de un hilo cientos de ocasiones, está programado para reaccionar siempre en pro de la supervivencia.

Por eso sobrevivió la agente Baby.

Cuando la casa estalló, como un enorme volcán, lanzando fuego, piedras, vidrios y hierros a todos lados, ella estaba lo

suficientemente lejos como para que apenas le alcanzase la onda expansiva.

Tan sólo diez segundos más tarde, no quedaba en los alrededores de aquella casa ni un solo agente de la CIA.

Incluida la reina del espionaje mundial.

Capítulo VI

Orson Shivers lanzó otro tremendo bostezo, miró de nuevo hacia la ventana, y masculló:

—Muchacho, ¡qué buena paliza se está pegando ese tipo con la tía americana!

Nino Lazzaro miró también hacia la ventana, y sonrió. Pero no muy convencido. Desde luego, la señorita Montfort estaba como un tren, o más aún, como un portaaviones, y si él la pillase en una cama, la cosa se iba a poner seria. Pero, de eso a que ni ella ni el otro tipo hubiesen salido en todo el día… ¡Caramba, ya eran ganas de darle gusto al cuerpo!

—Los hay con suerte —dijo, de todos modos, para seguirle la corriente a su compañero.

Miró su reloj. Las siete y media de la noche. ¿Ni siquiera pensaban salir para ir a cenar por ahí, como habían hecho la noche anterior?

—¡Qué tío! —insistió Shivers—. ¡Va a quedar más seco que una piedra! Maldita sea su estampa. ¡El dándole al plumero con la cachonda esa, y nosotros aquí, muertos de asco! Si al menos…

Los golpecitos en el cristal de la ventanilla hicieron volver la cabeza a Shivers, que estaba ante el volante. Cuando vio a la preciosa rubia inclinada y sonriente, quedó un instante atónito. Pero reaccionó en seguida.

—Hey, Nino —sonrió—, ¿te gustaría jugar a las maravillas en el asiento de atrás del coche? Después de mí, claro. ¡Mira qué rubia más imponente!

—Déjate de tonterías —refunfuñó Nino.

Ciertamente, Shivers estaba bromeando. No es que no le hubiese gustado jugar a las maravillas en el asiento de atrás del coche, en compañía de la rubia, pero estaba haciendo un trabajo, y él no era de los que cometían fallos estúpidos. De todos modos, ¿qué tenía de

malo ser simpático con la rubia?

Así que bajó el cristal de la ventanilla, y amplió su sonrisa.

—¿Qué tal, rubia?

Eso fue todo.

Shivers vio moverse la mano derecha de la rubia, captó el brillo de aquel pequeño objeto que entraba en el coche, y un segundo después caía de cara sobre el volante, profundamente dormido, igual que Nino Lazzaro. La rubia abrió la portezuela, metió la mano hacia el pestillo de la puerta de atrás, lo alzó, y abrió la portezuela. Ya en el asiento de atrás, con un vigor en verdad admirable, pasó a Orson Shivers al asiento de atrás, haciendo lo mismo, acto seguido con Lazzaro, sin que nadie se diese cuenta de lo que estaba sucediendo en el lugar, muy cerca del número 119 de Rue de Varenne. Tomó las llaves del coche, abrió el maletero, y encontró allí una vieja manta, con la que cubrió los cuerpos de los dos hombres que ahora yacían en el asiento de atrás.

Hecho esto, se sentó ante el volante, puso de nuevo la llave en el contacto, y sacó la pequeña radio.

—¿Simón?

—Sí.

—Pueden venir ya.

—*Okay*.

Ni siquiera un minuto más tarde, una camioneta se detenia justo al 119 de Rue de Varenne. En un lado de la camioneta se leía el nombre de una empresa de mudanzas y transportes. Dos hombres salieron de la parte de atrás, portando un gran baúl, y entraron en el edificio. Seis o siete minutos más tarde, reaparecían, portando el mismo baúl, que fue cargado en la camioneta. Cuando ésta partió, la rubia puso el coche en marcha, y partió tras ella.

El despertar de Orson Shivers fue en cierto modo agradable, porque lo primero que vio, dos horas más tarde, fue el rostro de la rubia. De momento, Shivers sonrió. En seguida, quiso dar un brinco, y todo lo que consiguió fue lastimarse las muñecas y los tobillos. Un instante más tarde, se daba cuenta de que estaba atado de pies y brazos a una silla, sentado en ésta. Y junto a él, todavía durmiendo y en las mismas condiciones de cautividad, estaba Nino.

Entonces, volvió a mirar a la rubia, y soltó un gruñido.

—¿Qué tal, señor Shivers? —sonrió ella, mostrando la billetera de Orson—. Espero que estas dos horas de sueño no le hayan sentado mal.

—¿Qué significa esto? ¿Quién es usted?

—Puede llamarme Lili. Para que sepa mejor a qué atenerse conmigo, le diré que soy una enconada enemiga de su jefe, el… muy inefable Redeemer. ¿Va comprendiendo?

Shivers se pasó la lengua por los labios. Sin contestar, miraba fijamente a la rubia, que volvió a sonreír.

—Está demasiado bien atado para que pueda intentar nada contra mí. Por otra parte, en otra habitación, escuchando nuestra conversación, hay algunos amigos míos, que lo harían picadillo antes de que consiguiese tocarme un cabello. Sea sensato, Shivers. ¿Cuento con ello?

—¿Qué es *lo que quiere*?

—Dígame dónde puedo encontrar a Redeemer.

—No lo sé. Puede hacerme picadillo, si quiere, pero le aseguro que no lo sé.

La rubia parpadeó. Shivers sintió un escalofrío cuando de nuevo los párpados quedaron inmóviles, y las verdes pupilas fijas en él. Estaba viendo unos ojos grandes, inteligentes, bellísimos, pero en cierto modo, escalofriantes, sí.

—De acuerdo, usted no sabe dónde está Redeemer. Le creo. ¿Lo sabe su amigo Lazzaro?

—Tampoco.

—También voy a creerlo. Pero no voy a creer que ambos ignoren dónde está la persona que les traslada a ustedes las órdenes de Redeemer. Con lógica indiscutible, tenemos que admitir que ustedes deben tener un sistema de contacto con el intermediario, con alguien, en fin. ¿Con quién, quién es, dónde está?

—¿Por qué demonios tengo que decírselo?

—Porque si no lo hace, lo va a pasar francamente mal… antes de morir. No estamos jugando, Shivers, ¿verdad?

El británico palideció, y de nuevo se pasó la lengua por los labios.

—Solamente sé un número de teléfono —musitó.

—Será suficiente. ¿Cuál es el número?

—El 260.21.32.

—De acuerdo. Se va a quedar aquí, de modo que le insisto para que comprenda su situación. Si me ha engañado, será todavía peor para usted.

—Ese es el número —susurró Shivers.

—Bien.

La rubia miró a Nino Lazzaro, que comenzaba a agitarse, y luego salió del cuarto. Frente a la puerta, habían dos hombres, uno de ellos Simón-París, que asintió con un gesto, añadiendo:

—Ya lo están empezando a buscar. Por el prefijo 260, sabemos a qué distrito pertenece. Cuestión de un par de horas, como máximo, espero.

—Bien. Usted, Simón —miró al otro—, quédese con esos dos sujetos. Asegúrese periódicamente de que las ligaduras están bien, y no se confíe ni un instante por nada, pase lo que pase. Nada de contemplaciones ni descuidos. Son criminales profesionales, ¿está claro?

—Descuide, no me ocurrirá nada a mí —sonrió el agente de la CIA.

—Ya saben lo que tienen que hacer —asintió ella—. De cuando en cuando, uno de ustedes entrará en este cuarto, y hablarán en ruso. Por supuesto, saben inglés y francés, pero esos dos hombres deben convencerse de que están en manos de los rusos.

—Dentro de unas horas, lo podrán jurar —aseguró Simón, sonriendo de nuevo.

Entró en el cuarto, y la rubia y Simón-París fueron a la sala de aquella casa, donde tres agentes de la CIA habían hecho otras tantas partes de un listín telefónico, y, provistos de café y cigarrillos, estaban ya lanzados a la búsqueda del número 260.21.32. No todas las labores del espionaje son brillantes.

—Que se diviertan —sonrió la rubia.

Los tres hombres la miraron, sonrieron, y continuaron con su trabajo. La rubia y Simón-París abandonaron la sala, para ir a otro cuarto, donde, tendido en la cama, durmiendo estupendamente, se hallaba Henri Bernier.

—Como un angelito —dijo Simón—. Apuesto a que ésta va a ser la gran aventura de su vida.

—Y la mía —sonrió la rubia—. Así son las cosas: gracias al buen Bernier, estamos detrás de todo este asunto del submarino soviético,

ya que si él no hubiese publicado mi fotografía, anunciando mi llegada a París, aún no habríamos rastreado nada, supongo.

—Seguramente. Bueno, estoy preocupado por el asunto del artículo que usted envió a Nueva York. Si su jefe decide publicarlo.

—No lo publicará. Miky Grogan y yo nos conocemos demasiado bien, nos queremos…, pero nunca nos hemos tuteado. Si le hubiese escrito en inglés, él no habría notado el tuteo, pero en francés se distingue muy bien el *vous* del *tú*. Comprenderá que algo ocurre, y no hará nada. Además, me expresaba en unos términos egoístas y desconsiderados hacia mis compañeros, de modo que también comprenderá, pues nunca he sido así. No se preocupe por eso, Simón.

—Lo que más preocupado me tiene es conocer su identidad —murmuró Simón—. Francamente, preferiría ignorarla.

—¿Piensa traicionarme?

—¡Claro que no! —palideció el espía.

—Entonces, no se preocupe. Son muchos los Simones que, inevitablemente, llegan a enterarse de mi identidad, ya que no son tontos. Y hasta ahora, nunca he tenido que lamentar eso.

—Cualquier día, algo fallará.

—Lo sé —musitó Brigitte Montfort-Lili Connors-Baby—. Pero mientras tanto, seguiremos trabajando. Bien, vamos a dejar durmiendo al buen Bernier y ayudemos a nuestros compañeros.

—Sí. Caracoles, todavía estoy pasmado, recordando el modo en que Redeemer nos dejó con dos palmos de narices.

—Sí. Yo también. ¡Qué bien preparado lo tenía todo, ¿no le parece?!

—Sí, porque de lo cont… ¿Qué quiere decir?

—En mi opinión, Redeemer tenía que considerarse a salvo de todo, así que me sorprende que tuviese tan bien preparada no sólo la fuga, sino la destrucción de la casa, con todo lo que había en ella.

—Bueno. Esa clase de tipos son así, muy precavidos.

—Claro. Bien, vamos allá. Supongo que tenemos suficiente café.

—Naturalmente. Pero no lo consumiremos todo, encontraremos pronto ese número, ya verá.

El número 260.21.32 fue encontrado por uno de los agentes de la CIA cerca de la una de la madrugada. Estaba a nombre de Jean Charron, domiciliado en el 44, Rue des Saints Peres.

Al principio, Jean Charron había tenido alguna dificultad para vencer el sueño, pero había conseguido sobreponerse, y escuchar con suma atención las instrucciones de Redeemer. Con todo, lo que más le había quitado el sueño había sido la explicación de éste sobre lo sucedido en la casa de Vekso, cerca de Copenhague. Y no sólo le había quitado el sueño, sino que todavía lo tenía desconcertado. De ninguna manera podía comprender que Redeemer se tomase poco menos que como una broma la incursión de un grupo de rusos que habían dado lugar a la destrucción de aquella base.

Sentado en la confortable salita de aquella casita en Lausana, en la Avenue Bergiéres, bebiendo espléndido coñac y fumando un magnifico cigarro auténticamente cubano, parecía que las cosas fuesen poco menos que maravillosamente. Al menos, ésa era la impresión que le producía el aspecto sereno y casi sonriente de Redeemer.

—Entonces, ¿todo está entendido?

—Sí, desde luego. ¿Respecto a la señorita Montfort?

—Oh, ella es una pieza… simpática del juego, Charron. Desde luego, mantenedla bajo vigilancia, por si quisiera pasarse de lista. Aunque no creo: es tan inteligente que dudo que se pase de lista. ¿Comprendes esto?

—Me parece que sí —sonrió Charron—, quiere usted decir que sólo los tontos se pasan de listos.

—¡Exactamente! Bien, eso es todo. Esta misma mañana, hacia el mediodía, después que aparezca en el *Morning News* de Nueva York el artículo que escribió la señorita Montfort, la noticia estará en todo el mundo. Quizá algunos periódicos hagan ediciones extra inmediatamente, pero aun así, y en cuanto la noticia sea divulgada por la radio, lo cual es indudable, entregarás las cintas en Radio París.

—Está bien —Charron miró la pequeña maleta que tenía junto al sillón que ocupaba—. ¿No ha pensado que la señorita Montfort será asediada inmediatamente por la policía francesa, y que ella no podrá negarse a describirlo a usted?

—Sé que lo hará, pobrecilla, no tendrá más remedio, en efecto.

—Y como consecuencia, y de momento, toda la policía francesa, y la Interpol, se pondrán a buscarlo.

—No me preocupa.

—¿No hay nada que le preocupe?

—Nada absolutamente —sonrió Redeemer.

—De acuerdo —suspiró Jean Charron—. Creo que debo regresar ya a mi hotel.

Redeemer se puso en pie, todavía sonriendo, y le acompañó a la puerta. Estuvo allí hasta que Charron se alejó en su coche. Entonces, regresó a la salita, se sentó de nuevo en el sillón, y dijo:

—Ya se ha ido.

Segundos más tarde, otro hombre hacía su aparición. Un hombre de raza china, rostro inescrutable, que ocupó el sillón dejado vacante por Jean Charron, se sirvió una pequeña dosis de coñac, y alzó la copa.

—Por la muerte del coloso —brindó.

—Amén —rió Redeemer.

Capítulo VII

Hacia las once de la mañana, lean Charron aterrizaba en el aeropuerto de Orly, y poco después, en el mismo aeropuerto, adquiría algunos periódicos. En ninguno de ellos aparecía ninguna noticia extraordinaria sobre el asunto del submarino nuclear soviético hundido, pero esto no era sorprendente, pues aún no era posible. Tampoco había habido tiempo material para que los periódicos franceses se hiciesen eco de la noticia aparecida en el *Morning News*.

Pero lo que ya comenzó a inquietar a Jean Charron fue el hecho de que la radio del taxi que tomó para trasladarse a París no mencionase ninguna noticia extraordinaria. En los tiempos que corrían, una noticia semejante llegaba de Nueva York a París en un abrir y cerrar de ojos, así que Jean Charron comenzó a inquietarse.

—¿Puede cambiar de emisora, por favor?

El taxista miró a Charron por el retrovisor, ligeramente mosqueado. Primero, le pedía que pusiera la radio, esto es, que iba al revés de todo el mundo que tomaba su taxi, ahora, le pedía que cambiase de emisora.

—¿Cuál emisora desea, *monsieur*? —preguntó.

—Ninguna especialmente. Noticias en general.

El taxista miró su reloj de pulsera.

—No es la hora de las noticias, *monsieur*.

—Aun así, si es tan amable…

El taxista pensó que no le costaba nada complacer a su cliente, asi que fue cambiando de emisoras, pero, ciertamente, sin conseguir sintonizar noticia alguna. Dentro de muy poco, sí, darían las noticias, pero de momento, él sabía muy bien que no era así. En fin, paciencia.

Cuando llegaron a París, la noticia todavía no había sido

radiada. Tampoco apareció la esperada noticia en el servicio informativo del mediodía en televisión. Ni consiguió Jean Charron oír nada al respecto cuando, ya casi las dos de la tarde, había terminado de almorzar en un discreto restaurante. A las dos y media, pasaba, en un taxi, por delante del número 119 de Rue de Varenne, sin conseguir ver el coche en el que debían estar Shivers y Lazzaro, lo que significaba que la señorita Montfort y el periodista francés no estaban ya en el domicilio de éste, lo cual le pareció muy lógico. Pero, ¿dónde estaban?

Cerca de las tres de la tarde entró en un bar, desde el cual hizo una llamada telefónica. Tuvo tiempo de tomar café y fumarse un par de cigarrillos antes de que, finalmente, llegasen Mossel y Dijon, otra de sus parejas de hombres dispuestos a todo. ¿Shivers y Lazzaro? Los dos se sorprendieron. No tenían ni la menor idea. Ninguno de los dos les había llamado. Nada, ni idea.

A las cuatro de la tarde, Jean Charron, desde una de las cabinas de la Telefónica, conseguía comunicación con la casita de la Avenue Bergiéres, de Lausana. Para entonces, naturalmente, estaba ya convencido de que el artículo de la señorita Montfort no había aparecido en el *Morning News* de Nueva York, ni en parte alguna.

—¿…?

—Soy Charron, señor. Desde París. Ningún periódico, ni ninguna emisora de radio o televisión mencionan la noticia que estamos esperando.

—¡…!

—Bueno. Lo haría, desde luego, pero no sé dónde está ella. Tampoco tenemos noticias de Shivers y Lazzaro. Seguramente, ellos están siguiendo a la señorita Montfort y al periodista francés, Bernier. Pienso que sería conveniente esperar que ellos me llamasen, para saber a qué atenerme. ¿Le parece a usted bien?

—De acuerdo, entonces. ¿Entrego las cintas a Radio París?

—¡…!

—En realidad, ya pensaba que no debía hacerlo, pues aún debe difundirse lo que escribió Brigitte Montfort, pero quería estar seguro de que usted aprobaría mi decisión. ¿Qué?

—Ah. Sí, naturalmente, es posible que la publicación de ese artículo se haya retrasado, simplemente, y que aparezca por fin mañana en el *Morning News*. Puede ser debido a un retraso en el

reparto de Correos. ¡Qué sé yo, a cualquier cosa!

—Sí, sí. De acuerdo, espero a mañana, y si la noticia se difunde, entrego las cintas. Mientras tanto, tengo que encontrar a Lazzaro y Shivers, y a la señorita Montfort. Y si mañana tampoco aparece publicada la noticia, la… Bueno, comprendido, ella tendrá que lamentarlo. Le llamaré mañana, a menos que tenga noticias antes. Sí, sí, entendido, si aparece la noticia, entregaré inmediatamente las cintas en Radio París.

—Adiós… Adiós.

Siempre portando la pequeña maleta con las cintas grabadas, Jean Charron se reunió en el vestíbulo con Mosel y Dijon, que esperaban fumando y mirando con descaro a toda mujer que se ponía a tiro.

—Hay que encontrar a Shivers y Lazzaro, como sea. Poneos a trabajar en ello inmediatamente, y llamadme a mi apartamento en cuanto sepáis algo.

—Pero ¿cómo demonios podemos saber dónde están?

—Arreglároslas como podáis. Una idea, por ejemplo, seria llamar a *Le Parisien*, y preguntar por Bernier. Quizá le hayan enviado a alguna parte fuera de París, y Brigitte Montfort haya ido con él. Pienso que podrían haber ido a Brest, quizá. Está más cerca del lugar del hundimiento. Llamad al *Le Parisien*, sí. Pero si allí no os dicen dónde está Bernier, buscadlo.

—¿Te parece que es fácil encontrar a alguien en París? —masculló Dijon.

—Nos pagan bien, y tenemos que trabajar bien. Yo voy a mi apartamento, y si Shivers o Lazzaro me llaman, os lo diré cuando me llaméis vosotros. Hasta luego.

—Te llamaremos a menudo —refunfuñó Mossel—, por si aparecen esos dos idiotas, y así nos ahorraremos el trabajo.

—Está bien.

Se despidieron allí mismo. Ya en la calle, Charron tomó otro taxi, al que dio su dirección, 14, Rue des Saints Peres. A medida que se iba acercando a su domicilio, Charron se iba tranquilizando. ¿Qué podía haber ocurrido? Nada. Seguramente, Bernier y la Montfort estaban en Brest, o en cualquier otra parte, trabajando, y Shivers y Lazzaro, cumpliendo sus órdenes, los estaban siguiendo. Eso era todo. En cuanto a la no aparición del artículo de la

Montfort, seguramente aparecería al día siguiente, y todo seguiría su marcha, sólo que con veinticuatro horas de retraso, lo cual no tenía importancia alguna.

Cerca de las cuatro y media, Charron se apeaba del taxi ante el edificio en el que tenía su apartamento. Era una casa vieja y oscura, pero él había conseguido ir arreglándola muy agradablemente. De todos modos, si aquello terminaba bien, podría comprarse un apartamento mucho mejor. En el Boulevard Raspail, lo cual era el sueño de toda su vida.

Llegó al segundo piso, se detuvo mecánicamente ante la puerta de su casa, y, también mecánicamente, abrió la puerta. Eran muchos años de hacerlo, ni siquiera necesitaba prestar atención. Entró, cerró, y encendió la luz del pequeño recibidor. Pese a que sólo eran las cuatro y media, casi era de noche en París. ¿Y si en lugar del Boulevard Raspail, se iba a Niza, por ejemplo? Allí siempre hacía mejor tiempo.

Encendió la luz de la salita, sin detenerse, directo hacia el mueble-bar, dispuesto a tomarse un coñac.

Se detuvo tan en seco que casi cayó hacia delante. Acto seguido, estupefacto, se quedó mirando a la bellísima muchacha rubia de ojos verdes que, sentada en uno de los sillones, le miraba, entornados los párpados ligeramente. La atónita mirada de Charron fue hacia las esbeltas piernas de la rubia, y de nuevo a los ojos, cuyos párpados se iban abriendo más y más, al ritmo que las pupilas se acostumbraban a la luz recién encendida.

—Buenas tardes, *monsieur* Charron —saludó la rubia.

—¿Quién es usted? —exclamó Jean.

—Acto seguido, me preguntará qué hago aquí, cómo he entrado, etcétera. Está bien —aceptó, resignada—, mi nombre es Lili, y le estoy esperando desde esta madrugada, para que charlemos de Redeemer. ¡Y por favor, no me diga que no sabe de qué le estoy hablando!

Charron tragó saliva, y de pronto, sobresaltado, se volvió, miró a todos lados.

—Estoy sola —dijo la rubia Lili—. Me gustan las conversaciones en ambiente íntimo. Pero si a usted no le gusta, podemos salir a dar un paseo. ¿Qué lleva en esa maletita?

—Nada. Nada importante.

Lili sonrió encantadoramente.

—Ha dicho usted lo necesario para convencerme de que, precisamente, lo que contiene la maletita es importante. ¿Charlamos, o salimos de paseo? Espero que prefiera quedarse, que no tenga la desconsideración de hacerme salir, con el tiempo que hace. ¡Brrr!

—No hace tanto frío —sonrió Charron.

—Para mí, sí. ¿Lo ve, *monsieur*?, ya ha sonreído, lo cual es el principio de un buen entendimiento en un grato ambiente. Su apartamento es agradable, yo diría que sorprendente, en un edificio como éste. ¿Me permite que eche un vistazo a la maleta?

—Ya le he dicho que no contiene nada que merezca…

—Señor Charron, ¿quizá prefiere que nuestra entrevista sea desagradable?

—No. No.

—En tal caso, entrégueme esa maleta, siéntese, y permanezca quieto y callado, hasta que yo le haga preguntas, en cuyo caso le recomiendo que las conteste todas, pronto y bien. ¿Está claro?

—Sí.

—Bien. ¿Lleva armas?

—No. Tengo una pistola, pero la dejé aquí. Quiero decir que no la llevo encima.

—Lo que significa que no podía llevar arma alguna. ¿Ha viajado en avión, quizá?

Charron apretó los labios. Lili los estiró en una sonrisa, se puso en pie, se acercó al francés, y alargó la mano izquierda hacia la maleta. Charron vaciló un instante, pero acabó por tender la maletita hacia Lili, con la mano derecha, al mismo tiempo que, sorpresivamente, disparaba el puño izquierdo hacia el bello rostro femenino.

Sorpresivamente, para él, se entiende, porque si alguno de los dos se llevó sorpresa, ése fue *monsieur* Charron, que tras fallar el golpe y perder el equilibrio, recibió un espantoso *tsuki* en el hígado, que lo dejó paralizado y de color verdoso; habría caído hacia delante, rígido en su gesto encogido, si la otra manita de Lili no le hubiese sujetado, apoyándose en su cara y empujándolo hacia un sillón, donde Charron quedó sentado, encogido, al borde del desmayo. Y todo, por un simple puñetazo bien aplicado al hígado.

Se recobró con relativa rapidez, su mirada se aclaró, y así pudo ver a Lili de nuevo sentada, con la maletita abierta sobre sus rodillas y sosteniendo en una mano dos de las redondas cajas que contenían sendas cintas grabadas.

—¿Cuál es su contenido? —preguntó, sin perder la amabilidad la preciosa rubia.

—No… no lo sé… exactamente…

—¿Tiene la bondad de preparar el magnetófono para que podamos escuchar el programa, *monsieur*? Y no me diga que no tiene magnetófono porque lo he visto. He visto todo lo que hay que ver en este apartamento, naturalmente. Incluso su pistola, que está a buen recaudo, pero, claro, quería saber si disponía de alguna más. ¿Se encuentra mal, *monsieur*?

Jean Charron tragó saliva, se puso en pie, y fue en busca del magnetófono, notando fija en él la mirada de la rubia, que le parecía la de un felino vigilante, atentísimo. Con el humillante convencimiento de que la rubia podía vencerlo con toda facilidad, sólo con las manos, Charron procedió a prepararlo todo sobre una mesita para empezar la audición de la cinta grabada, colocada en primer lugar, la que llevaba el número uno en rojo, bien visible.

—Será mejor que entre para oír bien esto, Simón —dijo Lili.

Charron la miró desconcertado, pero en seguida oyó los pasos en la entrada de la salita, y al volverse vio al hombre alto y atlético que se acercaba mirándole hoscamente. Sin decir palabra, el hombre fue a sentarse en el sofá, mientras Charron miraba hacia su costado izquierdo, en busca del bulto de la pistola.

—¿Qué está esperando? —preguntó Lili. Charron puso en marcha el magnetófono.

Europeos —sonó la voz de Redeemer, en francés—, os está hablando el Redentor de todas las miserias del mundo. En estos momentos, debido al artículo aparecido en el diario americano *Morning News*, firmado por la señorita Brigitte Montfort, ya debéis saber muchas cosas de mí, pero aún tengo más que deciros.

Como bien sabéis, he conseguido sabotear y hundir nada menos que un submarino nuclear soviético, pero eso no es nada, comparado con el mucho mal que todavía puedo haceros, si no obedecéis mis instrucciones iniciales, que se indican en el escrito de *mademoiselle* Montfort. Quiero deciros a todos, desde aquí, que no

tengo nada contra los rusos, y que el hundimiento de ese submarino ha sido solamente una pequeña demostración de mi fuerza. Algunos de vosotros, quizá, os tomaréis a broma todo lo que os digo por medio del *Morning News*, incluso puede que os toméis a broma este mensaje.

Pensadlo bien.

Pensadlo muy bien todo antes de tomar posturas, de las que luego tengáis que arrepentiros. Y sobre todo, pensad que la muerte del coloso significa el bienestar para la mayor parte del mundo, por muchos conceptos. Así pues, todos, aprestaos a unir vuestras fuerzas para conseguir que Estados Unidos de América desaparezca del mapa, deje de existir y contar en el concierto de las naciones, en cualquier organización internacional, en cualquier empresa financiera, política, social, científica incluso. Aprovechad a los americanos como esclavos del mundo, que rindan en beneficio de toda la Humanidad, pero aplastad al coloso, o dentro de poco, él será el dueño de todo el mundo.

Mañana me pondré de nuevo en contacto con vosotros.

El mensaje había terminado. Charron miró a Lili, que asintió con un gesto y encendió un cigarrillo. Así que Charron puso la cinta señalada con el número dos.

> *Europeos: de nuevo con vosotros para interesarme por vuestra adhesión a mis proyectos. ¿Todavía no ha muerto el coloso? Está bien, sé que eso requiere tiempo. Pero, a la vez, pienso que, en efecto, no pensáis hacer caso de mis palabras, así que ya tengo previsto convenceros. En estos momentos, espero que, conforme a mis instrucciones, desde Radio París hayan sido enviadas a Rusia las cintas señaladas, así que es más que posible que también en Rusia me estén escuchando, no mi voz, pues no hablo ruso, pero habrán traducido mi mensaje de ayer, y éste de hoy.*
>
> *Así pues, mientras me escucháis vosotros, también me están escuchando los rusos. Unios todos contra el coloso, y convertid aquella tierra en el granero del mundo. ¡Nadie tiene derecho a explotar sólo para sí tanta riqueza! Unios, destruidlo, gozad de lo que sólo ellos quieren tener.*
>
> *Sé muy bien que no me será fácil convenceros, pero lo*

conseguiré. Estad bien atentos, porque muy pronto, una gran desgracia va a ocurrir en Europa, una nueva demostración de mi fuerza os va a hacer recapacitar. Y así, día tras día, os estaré enviando calamidades y desastres hasta que prefiráis la muerte del coloso a la angustia diaria de las demostraciones de mi fuerza.

Estad atentos a lo que muy pronto va a aterraros. Muy atentos.

También esta cinta terminó, y Charron, observado malignamente por Lili, la retiró, baja la mirada, inquieto.

—¿Cuál es el próximo crimen de Redeemer? —preguntó suavemente Lili.

—No lo sé. ¡Le juro que no sé nada de sus próximos planes!

—De acuerdo. Entonces, habrá que ir a preguntárselo a él mismo, señor Charron. ¿Dónde está Redeemer? Y no me diga que no lo sabe, porque esa maleta se la ha entregado él. ¿No es así?

—En Suiza —jadeó Charron—. ¡En Suiza, en una casita de la Avenue Bergiéres, en Lausana!

—¿Cuál es el número de esa casa?

—No sé exactamente, era de noche cuando fui allá con Redeemer, después de encontrarnos en el aeropuerto. Pero sé el número de teléfono, así que será fácil encontrar la casa de Avenue Bergiéres. El número es 29.66.14. Precisamente esta misma tarde…

El timbrazo del teléfono los sobresaltó a los tres. Lili miró al aparato, y en seguida, a Charron.

—Vamos a contestar los dos, Charron. Le aseguro que no tengo ningún interés en matarle, por el momento, pero de usted depende.

Fueron los dos hacia el aparato, Lili descolgó el auricular, y lo colocó de modo que ella pudiese oír tan bien como el propio Charron.

—¿Sí? —inquirió éste.

—Soy Dijon. ¿Han aparecido esos dos idiotas?

La mente de Lili Connors fue mucho más veloz que la de Jean Charron, no sólo para comprender por quiénes preguntaba el comunicante, sino para reaccionar adecuadamente, apretó un instante el auricular contra su pecho, y susurró, al oído de Charron:

—Dígale que sí, y que él venga aquí inmediatamente.

De nuevo colocó el auricular al alcance de Charron, que consiguió hablar con naturalidad:

—Sí. Precisamente están ahora conmigo. Ha ocurrido un imprevisto, así que venid inmediatamente, os voy a necesitar a los cuatro.

—Vamos para allá. Oh, espera, ¿dónde?

—El 14 de Rue des Saints Peres.

—Allá vamos.

Lili colgó el auricular, y señaló de nuevo el sillón a Charron, que se sentó como si las piernas se le hubiesen convertido en goma.

—¿Cuántos son? —preguntó la rubia.

—Dos. Dijon, que es el que ha hablado, y Mossel, un argelino.

—Bien. ¿Qué decía de esta misma tarde?

—He hablado por teléfono con Redeemer.

—¿Qué le ha dicho?

Jean Charron estaba completamente derrotado. Contestó a todo, informó todo lo que sabía. Finalmente, Lili asintió, y miró al silencioso Simón-París.

—Llame para que se encarguen de esto, Simón. Solamente quiero control, no acción.

—Ya lo suponía —Simón apretó el botoncito de su radio de bolsillo—. ¿Simón?

—Hola, Simón —contestó una voz en tono festivo—. ¿Todo está bien?

—Muy bien. Estad atentos, porque pronto van a venir dos sujetos a visitar a Charron. Dejadlos subir y cerrad el cepo. Uno de vosotros, que llame a Zurich, para que allí movilicen personal hacia Lausana, hay que localizar el número de una casa de la Avenue Bergiéres cuyo número de teléfono es el 29.66.14. Informad de que ella y yo llegaremos en cuanto podamos, y que mientras tanto, mantengan esa casa y todos sus ocupantes bajo control. Sólo control.

—*Okay*. ¿Preparamos alguna avioneta para el viaje?

Simón miró a Lili, que movió negativamente la cabeza.

—Por ahora, no. Ya arreglaremos eso. Es todo. Atentos a la llegada de esos dos. Ah, uno de ellos es argelino. Y nada de complicaciones, porque ella los quiere cazar aquí lo más discretamente posible.

—Sí, hombre, entendido. Los dejamos entrar y cerramos el cepo.

Capítulo VIII

Dijon y Mossel se apearon del taxi delante mismo del número que les interesaba, y, sin más, entraron en el portal, miraron los buzones para correspondencia, y Dijon señaló hacia arriba.

—Segundo piso, puerta dos.

En cuestión de segundos estuvieron ante la puerta del apartamento de Charron. Y apenas Dijon hubo apretado el timbre, la puerta se abrió, quedando visible Lean Charron. Su rostro estaba un tanto rígido, pero sus visitantes estaban tranquilos, incluso distraídos, ni repararon en ello. Se limitaron a entrar, preguntando Dijon:

—¿Dónde demonios se habían metido Shivers y Lazzaro?

—Ahora os lo explicaré. Pasad.

—¿Qué te pasa? —notó algo raro Mossel.

—Nada. ¿Queréis beber algo?

—Bueno, yo tomaré…

Habían recorrido el corto pasillo y estaban ya ante la entrada a la salita. Allí los dos quedaron inmóviles, y Mossel mudo al ver a la hermosa muchacha rubia que les apuntaba con una pistola.

—Pasen, caballeros —invitó fríamente—. Y les advierto…

—¡Traidor! —gritó el argelino—. ¡Asqueroso cobarde!

Dio un salto hacia atrás, sacando la pistola velozmente, y comenzando a apuntar hacia la rubia. Pero a su derecha sonó un seco «plop» en el momento en que Mossel apretaba el gatillo, y la bala que quería enviar hacia la rubia se desvió y dio en un lado de la nuca de Charron, arrancando como un mordisco de la parte inferior lateral de la cabeza del francés, que cayó hacia delante sin un gemido, muerto en el acto. Murieron los dos a la vez, pues la bala disparada por Simón acertó a Mossel en la sien derecha, le hizo girar, y lo derribó ya cadáver.

En la salita, Dijon, lívido de miedo y rabia, ni siquiera pudo

sacar del todo su pistola mientras miraba con los ojos casi fuera de las órbitas a la rubia. Esta, comprendiendo que todo intento de contemporizar era vano, disparó fríamente, sin inmutarse, y un pequeño y oscuro orificio apareció en el centro de la frente de Dijon, que pareció roncar fuertemente, saltó hacia atrás, se dio de espaldas contra el marco de la puerta, y cayó de bruces, en el momento en que entraba Simón, demudado el rostro, listo para disparar de nuevo.

Los dos espías cambiaron una mirada, y Lili hizo una muequecita de disgusto. Simón examinó rápidamente a los tres hombres, y cuando miró a la espía, ésta no necesitó aclaración alguna.

—Es absurdo —musitó—. Por el amor de Dios, todo es absurdo, brutal, todo es una estupidez.

—Charron era bastante normal, pero éstos dos eran carne de cañón. Unos bestias, no sabían hacer más que lo que han hecho. No creo que debamos lamentar que hayan muerto. Y puesto que usted ya vio todo lo que había por ver aquí, y Charron no podrá decirle más, ¿qué le parece si nos vamos? Yo me encargo de las cintas.

Recogió las cintas, las guardó en la maleta, y miró a Lili, que todavía contemplaba con disgusto los tres cadáveres.

—¿Se encuentra mal? —musitó el espía.

—Eso es lo malo —dijo con voz tensa la rubia—, que no me encuentro mal, que ya no siento nada, en realidad. Y esto es lo verdaderamente horrible, Simón.

—Tiene razón. Es mejor que nos marchemos cuanto antes, Baby. Podemos pedir ya una avioneta, y…

—No. Todavía no. Vamos a dejar que nuestros compañeros de Suiza trabajen un poco, tal como están las cosas, Redeemer no va a poder escapar, y yo tengo un problema que resolver en París. Henri Bernier despertará dentro de pocas horas, y luego, tenemos dos prisioneros con los que todavía no sé qué hacer. Bien, vamos para allá, por el camino se me ocurrirá algo, estoy segura. El que más me preocupa, claro, es Bernier.

Bernier, que en vano había estado intentando abrir aquella puerta, se volvió a mirarla, vivamente, cuando oyó girar la cerradura. No tenía ni idea de dónde estaba, ni de lo que estaba ocurriendo. Todo lo que recordaba era que había estado con Brigitte sentada en sus

rodillas, besándola, y de pronto, despertaba en una habitación desconocida, con la ventana sellada, la puerta cerrada con llave, y sumergido en un silencio de tumba. En su reloj de pulsera eran las doce y cuarenta minutos, debía suponer que de la noche, pero no podía ser, porque había llevado a Brigitte a su apartamento cerca de la una, después de ir a tomar unas copas a aquel lugar donde les ofrecieron aquellos numeritos de pornografía.

¿Podían ser las doce y cuarenta de la mañana?

La puerta se abrió, y apareció Brigitte, completamente vestida, Bernier se quedó mirándola estupefacto, y acto seguido, respingó, al ver detrás de la colega americana a dos hombres, cuyas cabezas estaban embutidas en unas medias de mujer oscuras. La puerta se cerró, quedando Brigitte dentro del cuarto y los dos hombres enmascarados fuera.

—¿Ya has despertado? —preguntó Brigitte.

—Pe… pero… ¿qué… qué pasa? —tartamudeó Bernier—. ¿Dónde estamos, quiénes son esos hombres?

—No tengo ni idea. Desperté antes que tú, me llevaron a otro cuarto, y me han estado haciendo una serie de preguntas que no he sabido contestar. ¿Sabes qué me han dicho al final?

—¿Qué… qué te han dicho?

—Que se han equivocado.

—¿Que se han…? ¿Qué quiere decir eso? ¿Con quiénes nos han confundido?

—A mí, no, a ti, querido Henri. Creo que está relacionado con tu manía de fisgar a fondo en el asunto del submarino soviético, pero no estoy segura. De lo que sí estoy segura es de que te han confundido con alguien, así que te vigilaban.

—*Mon Dieu!* Pero yo… no entiendo esto. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Parece ser que nos narcotizaron con un gas que echaron por debajo de la puerta de tu apartamento, pero no sé cómo hemos llegado aquí. Al principio, cuando desperté hace un rato, estaba muy asustada, pero ya no. Al menos, no tanto. Creo haberles convencido de que eres periodista de verdad, que tu nombre es Bernier, y que, simplemente, estábamos juntos para trabajar y pasarlo bien si se presentaba así.

—¡No entiendo nada!

—Me parece que van a hacer unas comprobaciones. ¿Sabes el tiempo que hemos estado dormidos, según me han dicho?

—No sé… ¿Doce horas?

—¡Cuarenta y ocho! Por eso tengo tanto apetito… ¡En buen lío me has metido, desde luego!

—Te aseguro… Brigitte, no entiendo nada de nada…

—A mí no tienes que convencerme. Pero si yo fuese tú, me apresuraría a convencerlos a ellos de quién eres y a qué te dedicas. Estoy segura de que cuando comprueben definitivamente su error…

La puerta se abrió de pronto, bruscamente, y entraron los dos hombres enmascarados, seguidos de otro, también enmascarado, que parecía irritadísimo.

—¡Os dije que no los pusierais juntos! —bramó—. ¡Llevaos a la mujer a otro cuarto, estúpidos! ¡Y usted, Bernier…, o como se llame, venga conmigo!

—Bernier —tartamudeó éste—. Les juro que me llamo Bernier, y que…

—¡Cállese! Esperad… Será mejor que yo me lleve a la mujer, y que vosotros interroguéis a este pájaro, aquí mismo. ¡Y mucho cuidado con hacer más tonterías! Usted, preciosa, venga conmigo.

—Oiga, oiga —tartamudeó Bernier, colocándose delante de Brigitte—, un momento… Ustedes no tienen derecho a…

—Tranquilízate —dijo, al parecer no demasiado tranquila Brigitte—. No va a pasarnos nada. Ya verás como todo se arregla, Henri. Se han equivocado, eso es todo.

—Pero…

—Ve con ellos. Te tratarán bien, como a mí. Sólo se trata de que no les digamos mentiras, y todo terminará bien.

Bueno… De acuerdo, sí… Oigan, les juro que soy Bernier… Henri Bernier, de *Le Parisien*…

Los dos enmascarados sacaron a Bernier de la habitación, y el tercero cerró la puerta de ésta, se quitó la capucha, y miró sonriendo a Brigitte, que a duras penas lograba contener la risa.

—Parece que lo vamos a convencer —sonrió Simón-París, ordenándose el cabello.

—Así lo espero. Entonces, todo entendido: cuando regresemos a Lausana…

—Si regresamos.

Brigitte sonrió secamente, y repitió:

—Cuando regresemos de Lausana, nos dejarán marchar a los dos, es decir, nos dejarán lejos de esta casa. Horas más tarde, dejarán marchar a Lazzaro y Shivers, de modo que éstos nunca sabrán dónde han estado ni que, mientras tanto, Bernier y yo hemos permanecido en esta misma casa cerca de ellos, así que considerarán que Bernier y yo hemos seguido divirtiéndonos en París, ya sea en el apartamento de él o paseando por ahí. En cuanto a Bernier, bastará convencerlo de que jamás debe decir nada de esto a nadie, si no quiere que lo eliminen…, y de este modo, mi nombre no aparecerá en parte alguna, ni se me relacionará con lo ocurrido en Copenhague, en París o en Lausana… ¿Todo entendido? ¿Nuestros compañeros están al corriente, Simón?

—Todo entendido, se lo garantizo. Todo en orden y perfecto. Nuestro único problema será, insisto, regresar de Lausana.

—Todavía ni siquiera hemos ido allí —murmuró Brigitte Montfort, alias Lili Connors, alias Baby, alias Olga Petrovna, y muchos alias más.

—Pero iremos —mascculló Simón—. La pregunta es: ¿cuándo?

La divina espía miró su relojito de pulsera, y reflexionó unos segundos, antes de zanjar la cuestión de este modo:

—Mientras nos preparan el viaje, vamos a dormir un par de horas, Simón. Luego saldremos hacia Lausana…, para presentarle nuestros respetos al Redentor.

Capítulo IX

Erik Lund estaba escuchando la radio en una de las emisiones en francés, cuando oyó la llamada a la puerta de la casa sita en la Avenue Bergiéres, de Lausana. Estaba tan irritado que decidió no hacer caso, y continuar pendiente de la radio. Pero la llamada se repitió, sonó de nuevo, insistió una vez más…, hasta que Erick Lund, exasperado, se puso en pie y fue hacia la puerta. Estaba a punto de abrir, sin más, cuando reaccionó. Tenía el presentimiento de que algo estaba saliendo mal, así que debía ir con mucho cuidado.

Apartó el medallón de la mirilla, y vio el rostro femenino. Una mujer de unos cincuenta años, pelirroja, con lentes, y con cofia blanca. También su vestido era blanco… No, no era un vestido, sino una bata… Una enfermera.

Refunfuñando, Erick Lund abrió la puerta. Erick Lund, no Redeemer; es decir, que aparecía con su verdadero aspecto: estatura mediana, casi bajo, delgado, sobrio en el vestir, bien recortado el cabello, debidamente afeitado…

—¿Qué desea? —gruñó.

La mujer le miró con cierta irritación de arriba abajo.

—Entiendo que son ustedes quienes desean algo de mí —dijo en alemán, con tono seco—: soy la enfermera, naturalmente.

—Se equivoca, nadie ha pedido una enfermera aquí…

—Escuche usted: a mí me han dado esta dirección, y por lo tanto, aquí hay una persona que precisa de mis serv…

—Aquí no hay nadie que precise de sus servicios, por la sencilla razón de que estoy solo, y me encuentro estupendamente. Se ha equivocado. ¿De acuerdo?

—¿De verdad está usted solo? —se turbó la mujer.

—Por supuesto. Si necesitase…

Erik Lund no dijo nada más. Se quedó mirando, lívido, la

pistolita que había aparecido en la mano derecha de la enfermera, y que apuntaba a su vientre. Volvió a mirar aquel rostro femenino, palideció aún más, y tragó saliva.

—Nos volvemos a ver, querido Erik Lund… ¿O prefiere que le llame Redentor?

—Usted… usted es… Olga Petrovna… No, no, no… Usted es… ¡No puede ser! Como Olga Petrovna no la reconocí, pero ahora…

—Retroceda, Redeemer. Despacio, y con las manos siempre visibles. Apostaría cualquier cosa a que estaba escuchando la radio. No soy adivina: simplemente, la estoy oyendo. Retroceda.

Entraron los dos, Lund de espaldas, la enfermera de frente, apuntándole con la pistola, atenta, desconfiada. Cerró la puerta, y señaló hacia el fondo. Segundos después, entraban ambos en la sala. En aquel momento emitían música clásica.

—Wolfang Amadeo Mozart —sonrió la enfermera—. Admirable música, ¿no le parece? Siéntese, Lund. ¿Sabe? Estoy algo desconcertada, porque Charron me dijo que quien vivía aquí era Redeemer. Aunque, pensándolo bien, no debo desconcertarme. Usted, simplemente, se disfrazaba de santón cuando estaba con sus hombres. ¿Dónde tiene su uniforme de redentor de la Humanidad?

—En el dormitorio, en el armario. Está…

—¿Qué importa eso? Le he dicho que se siente. Eso es… Y ahora —la enfermera se sentó en otro sillón—, vamos a ver si usted es más tonto o más listo que Jean Charron: ¿nos entendemos a las buenas, o prefiere ver cómo trabajó a las malas?

—Usted es Brigitte Montfort.

—Admirable perspicacia. Sin saberlo, Lund, se metió usted en la telaraña. ¿Ha oído hablar de la agente Baby?

—¡No! —palideció Erick Lund, de nuevo.

—¿No ha oído hablar de mí…, o no quiere admitir que está usted frente a Baby? Desde luego, no es ningún gran negocio para usted.

—No es posible… ¡No es posible! ¡Usted no es Baby…!

—Como quiera. Hablemos de otra cosa: ¿sabía usted que hace diecisiete horas, es decir, desde las cinco de la tarde de ayer, está bajo el control de la CIA? Claro que no lo sabía, ¿verdad? Se habría apresurado a intentar escapar, y, cuando menos, habría llamado a sus amigos para que no le visitasen.

—¿Qué… amigos?

La enfermera sacó un sobre de un bolsillo, y lo tiró hacia Redeemer, que se inclinó a recogerlo, lo abrió, y sacó las fotografías que contenía. Y al verlas, palideció otra vez. Todas sus escasas esperanzas se derrumbaron de golpe, al ver el rostro del chino que la noche antepasada había estado escondido en la casa, mientras él daba instrucciones a Jean Charron.

—¿Quién es? —preguntó la enfermera, con voz gélida.

—No… no sé…

—Mis compañeros de la CIA le vieron venir a esta casa ayer noche; permaneció aquí unos cuarenta minutos. Luego se fue… al Hotel De Lis, en la Avenue de Rhodanie, donde está instalado en la *suite* 6, con vistas al lago Leman. Está solo, según parece, y debo pensar que su único objeto, al permanecer en Suiza, es precisamente tener contactos con usted. Su nombre es Wi Yio. Y ahora, Lund: ¿es él quien le da instrucciones a usted…, o usted a él?

Redeemer dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Él a mí —musitó.

—Lo que significa que está usted trabajando para el servicio secreto chino, el Lien Lo Pou. ¿Sí?

—Sí.

—De acuerdo. Ahora quiero saber quién es el traidor ruso que le facilitó a usted la información o los medios necesarios para hundir el submarino nuclear, cómo lo hicieron, y cuáles son, realmente, las intenciones del Lien Lo Pou. Quiero advertirle que se va a convertir usted en un mártir, si no me da una explicación rápida, clara y concreta. No estamos bromeando, Lund, así que facilíteme una explicación para los rusos que les tranquilice, al menos con respecto a sus desconfianzas hacia la CIA, por ejemplo. ¿Cómo, y ayudados por quién, hundieron ese submarino?

—Usted no sabe lo que dice —sonrió, de pronto, Lund—. ¿Realmente cree que es tan fácil sabotear un submarino soviético?

—Hasta hace poco, no me parecía nada fácil, pero si usted lo ha conseguido…

—¡No diga tonterías! Ese submarino, simplemente, tuvo un accidente, y se hundió. Ya verá como los rusos lo dirán, dentro de pocos días. Pero, naturalmente, yo habría insistido en Europa y Rusia de que era una explicación soviética para tranquilizar a la

gente, y que el submarino fue hundido por deseo mío…

—¿Con objeto de demostrar un poder… que no tiene?

—¡Exactamente! Y si la gente comenzaba a creer las explicaciones rusas…, en el supuesto de que las diesen en ese sentido, ya que a los rusos se les debe estar haciendo la boca agua, con la posibilidad de la muerte del coloso, yo habría hecho otra demostración de fuerza. Por ejemplo, habría hecho descarrilar un tren, habría hundido un barco, o habría…

—Ya me puso al corriente de sus… posibilidades. ¿Quiere decir que el submarino ruso no fue hundido por usted…, pero que las otras cosas sí las habría hecho?

—¿Para qué molestarse? —rió, de pronto, Erik Lund—. ¿Usted no se ha dado cuenta de la gran cantidad de accidentes que hay en el mundo?

La enfermera estuvo unos segundos mirando fijamente al sujeto, que ahora parecía divertido.

—¿Quiere decir… que usted no habría llevado a cabo ningún sabotaje? ¿Que habría esperado a que ocurriesen accidentes en Europa o Rusia…, y que entonces habría dicho que eran obra suya?

—¡Claro! ¿Quién podría contradecirme, quién podría demostrar lo contrario? Claro que todo parecían accidentes, o sea, lo que en realidad serían, pero yo diría que eran obra mía, y, de este modo, todo el mundo se iría asustando más y más, temiendo caer bajo el próximo «accidente», que yo reivindicaría a mi favor.

—O sea, que usted no haría nada… Pero entonces… ¿para qué quiere grupos de hombres armados, dirigidos por aquellos doce que había en la casa de Vekso?

—¡Para nada! —volvió a reír el danés—. ¡Sólo quería que usted los viese, que los describiese en su artículo, como así lo hizo, para que todos estuviesen convencidos de que disponía de material y de hombres! Cuando usted los hubo visto, les pagué su actuación y los despedí. No necesito personal, no tengo grandes gastos, no correría riesgos… ¿Ha descarrilado un tren entre Milán y Génova? Bueno, pues diría que había sido obra mía. ¿Se ha estrellado un avión en el aeropuerto de Londres? ¡Obra mía también! Y de este modo, sin gastos y sin riesgos, iría sumiendo en el terror a Europa y Rusia. Mi único temor consistía en que alguno de los hombres contratados por mí fuese con el chivatazo a algún servicio secreto, pero lo tenía

todo preparado, no sólo para huir, sino para al mismo tiempo dar otra prueba de fuerza, de ingenio, de recursos, al escapar con mi coche volador y venir a instalarme aquí provisionalmente.

—Entiendo. Magnífica jugada. Pero… ¿no teme usted que alguno de sus doce hombres diga que la jugada es otra? Quizá disgustados por haberlos despedido…

—Ninguno de ellos dirá nada. ¿Sabe por qué? Pues porque después de dejarlos que fuesen unos días por ahí, la misma noche en que debía despedirlos, les pagué… con la moneda que ya tenía preparada para ellos.

—¿Los mató?

—¡Claro! ¡Ya no los necesitaba para nada!

La enfermera se quedó mirando con terrible fijeza a Lund. Tardó algunos segundos en preguntar:

—¿Y el objetivo final de todo esto?

—Eso ya lo sabe usted: matar al coloso. China quiere que eso suceda, y no con una guerra, y que ella jamás podría ganar. ¿No es un medio ingenioso para matar al coloso? Sin cañones, sin bombas, sin aviones… Sólo con el miedo, con el terror de los europeos y los rusos, Estados Unidos se verá en un gran aprieto, presionado terriblemente, hasta que… se disuelva a las buenas, o Europa y Rusia lo aplasten. ¿Qué ocurriría luego? Pues que…

—… Que China encontraría debilitada a Rusia por la contienda, y entonces sería llegado el momento de invadirla, y posiblemente alcanzar Europa. ¡Y quién sabe, quizá hasta hayan pensado en ocupar Estados Unidos, o buena parte de mi país…! ¿No es así, Lund?

—¡Exacto! ¡Eso es lo que harán los chinos!

—Eso es lo que *pretendían* hacer los chinos —rectificó la enfermera—. Pero ya no podrán seguir adelante porque, antes de veinticuatro horas, todos los servicios secretos europeos y, por supuesto la MVD rusa, conocerán la jugada, y todos, absolutamente todos, enviarán discretamente a China una seria advertencia sobre lo que puede ocurrirle al Celeste Imperio, ahora que aún no es demasiado fuerte, si insisten en esa jugada de enfrentar a Europa y Rusia, contra los Estados Unidos de América. El asunto ha terminado, Lund.

—¿Usted informará de eso a la MVD, a todos los servicios

secretos? —aulló Lund.

—Están acostumbrados a mis genialidades —sonrió la enfermera—. Creerán todo lo que yo les diga. Mañana, China sabrá que todo ha fracasado. Negará, dirá que no sabía nada de lo que estaba haciendo particularmente el ciudadano chino Wi Yio… La vieja canción del espionaje. Pero sabrán a qué atenerse, y desistirán, asegurando que jamás les había pasado por la imaginación semejante jugada. Ahora bien: ¿Qué podrían decir si yo capturo a Wi Yio y le hago confesar públicamente?

—Usted no hará eso —sonrió Erik Lund—: Wi Yio tiene… o tendría entonces elementos para saber quién es la agente Baby, y aunque él cayese, usted ya no duraría mucho.

—Lo sé. Pero si no lo capturo, no se trata sólo de eso, sino de mis propias convicciones respecto al espionaje: yo no espío para provocar problemas, Lund, sino para solucionar los que existen. Por eso no capturaré a Wi Yio.

—¿Lo matará?

—¿Para qué molestarse? Él mismo lo hará.

—¿Qué dice…? ¿Está loca? ¿Supone usted que Wi Yio se va a matar él mismo?

—Por supuesto. Cualquier cosa, antes de correr el riesgo de ser capturado… por sus propios compatriotas. En cuanto Wi Yio sepa que todo ha fracasado, comprenderá que los chinos serán los primeros en querer eliminarlo. O eso, o entregarse a cualquier servicio secreto europeo, o a los rusos…

—¡Entonces, se entregará!

—Usted, Lund, no conoce a los chinos… Yo sí…, un poco. Cada día un poco más. Y voy a demostrárselo —la enfermera sacó una pequeña radio de bolsillo, y apretó el resorte de llamada—. ¿Simón?

—Sí, Baby.

—Proceda.

—En seguida.

Baby cerró la radio, y se quedó mirando a Redeemer, que a su vez la contemplaba, expectante, intrigado.

—¿Qué ha de hacer su compañero Simón? —murmuró, por fin.

—Por medio de un botones, va a enviar una radio de bolsillo como ésta mía, aunque no americana, sino de fabricación francesa, a Wi Yio. ¿Qué cree que hará Wi Yio, cuando se encuentre con una

radio en las mano?

—No sé… ¿Qué hará?

La utilizará. Llamará por ella.

—¡Eso es absurdo!

Baby se limitó a sonreír, miró su relojito, y quedó silenciosa, esperando… La llamada a su radio no se demoró ni siquiera tres minutos. Sonó el suave zumbido de llamada, y la espía la atendió inmediatamente.

—¿Quién es? —se oyó el susurro, la voz de hombre, en francés.

—Wi Yio, soy Baby. Tenemos a Erik Lund, y el hotel está rodeado. ¿Comprende?

—Sí.

—Bien… ¿Vamos por usted o prefiere entregarse?

La radio permaneció silenciosa. Baby miró a Redeemer, que contemplaba la radio como alucinado. El silencio era total. La espía parecía una estatua, indiferente, inmóvil. No tenía prisa ninguna, porque sabía que el asunto había terminado, que, por el momento, nadie querría matar al coloso; no tenía prisa ninguna. Había que dejar que Wi Yio tomase su propia decisión…

El estampido del disparo resonó claramente en la sala de la casa de Erik Lund.

Baby cerró la radio, y miró perversamente al demudado hombrecillo.

—Una cosa podré negarles a los chinos: tienen un valor a toda prueba. ¿Se siente capaz de hacer lo mismo, Lund?

—¿Yo? —jadeó Redeemer—. ¡Claro que no!

—Entonces, le ahorraré la molestia.

—¿Va a matarme?

—Por supuesto. Es usted una pequeña víbora, que puede anidar en cualquier seno. Una víbora que mata hombres por docenas, cuando ya no le… sirven para nada. Aquí me tiene, Lund: Brigitte Montfort, periodista, espía, jurado, juez y verdugo.

Alzó la pistolita, apuntó un instante, y disparó, cuando el miedo tenía agarrotada la garganta de Erik Lund…, que quedó redimido de todos sus pecados…, hasta el momento de pasar las cuentas finales.

Pero, claro, en la otra vida.

Este es el final

—Como regresando de otro mundo, Henri Bernier se encontró en su apartamento. ¡Le habían vuelto a dormir! Se sentó rápidamente en el suelo, y entonces vio a Brigitte, sentada en el sofá.

—Parece que el narcótico te afecta más que a mí —sonrió Brigitte—. Yo hace ya unos diez minutos que desperté.

Bernier se pasó las manos por la cara, y se quedó así unos segundos, recordándolo todo. Sí, les habían dicho que los iban a dormir de nuevo, y que, cuando despertasen, estarían de nuevo en el apartamento de él. Y lo habían cumplido. Finalmente los había convencido de que él era Henri Bernier, nadie más que Henri Bernier, y que era periodista y nada más que periodista…

—De acuerdo, señor Bernier, ya nos hemos dado cuenta de nuestro error, y vamos a dejarlos libres, a usted y a la señorita Montfort. Pero, señor Bernier, si usted publica una sola palabra de todo esto, si nos enteramos de que ha abierto la boca… le buscaremos para cerrársela para siempre. ¿Comprende?

¡Vaya si había comprendido! ¡Y muy bien!

—¿Te encuentras mal?

Bernier respingó, y miró a Brigitte, que le contemplaba con suma atención, como preocupada.

—No, no… Estoy perfectamente. ¿Y tú?

—Oh, muy bien, desde luego.

—Me alegro. Y siento… haberte metido en esto.

—No te preocupes. Bien, adiós, Henri.

—¡Cómo, adiós…! Pero… estamos en mi apartamento, es como… si nada hubiese pasado… Quiero decir que podemos… continuar como si nada hubiera sucedido.

—Lo siento, Henri, pero no. Mientras estábamos prisioneros de esa gente horrible, he pensado que lo nuestro no funcionaría… Por favor, no insistas. Creí que podría amarte, pero… Lo siento, Henri.

—No te preocupes —intentó sonreír el francés—. Entiendo bien estas cosas, Brigitte. Y siento perderte… Sin haberte tenido. ¿Me aceptas una copa de champaña, antes de marcharte?

—¿Por qué no? —rió la divina espía—. ¡Podemos brindar por alguna buena noticia! O mejor aún, haremos un pacto entre nosotros: no explicaremos nunca a nadie lo que nos ha sucedido, Henri. No te amo, pero… Tampoco quisiera que te matasen.

—Eres un ángel —murmuró Henri Bernier.

Naturalmente, ésta fue la gran frase en la vida de Henri Bernier. Nunca jamás estuvo tan acertado.

FIN

Notas

[1] Véase *Operación «Estrellas».* < <

[2] Véase *El vals de los besos*, otra aventura independiente de la agente Baby. < <